

MEMORIAS DEL MAESTRO DE CAMPO DE LOS TERCIOS
FRANCISCO NÚÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑÁN

CAUTIVERIO FELIZ

Adaptación y comentarios

PEDRO CAYUQUEO

Primera edición: noviembre de 2022

ISBN: 978-956-324-988-0
RPI: trámite 363pyv (27/10/2022)

© Pedro Cayuqueo, 2022
© Catalonia Ltda., 2022
Santa Isabel 1235, Providencia
Santiago de Chile

Catalonia

MEMORIAS DEL MAESTRO DE CAMPO DE LOS TERCIOS
FRANCISCO NÚÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑÁN

Cautiverio Feliz

CAYUQUEO, PEDRO / *Adaptación y comentarios*

Santiago de Chile: Catalonia, 2022

272 p. 15 x 23 cm

ISBN: 978-956-324-988-0

GRUPOS RACIALES, ÉTNICOS, NACIONALES
305.8

Diseño de portada: Amalia Ruiz Jeria
Imagen de portada: Francisco Javier Olea
Corrección de textos: Darío Piña
Composición: Salgó Ltda.
Impresión: Salesianos Impresores S.A.

Dirección editorial: Arturo Infante Reñasco

Editorial Catalonia apoya la protección del derecho de autor y el copyright, ya que estimulan la creación y la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, y son una manifestación de la libertad de expresión. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar el derecho de autor y copyright, al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo ayuda a los autores y permite que se continúen publicando los libros de su interés. Todos los derechos reservados para esta publicación que no puede ser reproducida, en todo o en parte, ni registrada o transmitida por sistema alguno de recuperación de información. Si necesita hacerlo, tome contacto con Editorial Catalonia o con SADEL (Sociedad de Derechos de las Letras de Chile, <http://www.sadel.cl>)

Primera edición: noviembre de 2022

ISBN: 978-956-324-988-0

RPI: trámite 3g3pyv (27/10/2022)

© Pedro Cayuqueo, 2022
© Catalonia Ltda., 2022
Santa Isabel 1235, Providencia
Santiago de Chile

“Don Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán es uno de esos soldados llenos de honradez y de buen sentido que escaseaban en el ejército de Chile del siglo XVII y que se distinguen de sus camaradas por la modestia y la probidad. Ha vivido entre los araucanos y apreciado mejor que nadie sus costumbres, dándolas a conocer con bastante exactitud. Como escritor debe ocupar un puesto importante en la modesta historia de nuestra literatura colonial”.

Diego Barros Arana

Índice

PRESENTACIÓN	15
PALABRAS PRELIMINARES	16
CAPÍTULO 1	21
En que se trata de mis primeros años, de la suerte que entré a servir al rey y de la muerte del corregidor de Chillán, de cuyo desastre resultó mi cautiverio.	
CAPÍTULO 2	25
En que se refiere a la batalla que el Tercio de San Felipe de Austria tuvo en el sitio de las cangrejeras, adonde murieron cien hombres y el autor quedó preso.	
CAPÍTULO 3	28
En que trata el autor del peligro y riesgo en que se vio luego que le cautivaron y cómo uno de los más bravos guerreros le favoreció y fue causa principal de salvarle la vida.	
CAPÍTULO 4	32
En que se trata de cómo al pasar el río Biobío quedamos aislados dos días aguardando tiempo oportuno y de un paréntesis de una carta escrita al gobernador por mi padre.	
CAPÍTULO 5	36
En que se prosigue la salida de la isla en que quedamos y los peligros en que nos vimos vadeando el río Biobío.	
CAPÍTULO 6	39
En que se refiere al cabildo de los lonkos que intentaron comprarme llevando en mi lugar a un pobre soldado y de la forma en que pudo mi amo librarme de la muerte.	
CAPÍTULO 7	45
En que prosigue nuestro viaje y de cómo nuestros compañeros, por estar cerca de sus casas, convidaron a mi amo a que los visitara tres o cuatro días.	
CAPÍTULO 8	49
En que se meditan las razones del bárbaro, se dan a entender las injusticias y agravios que se hacen en Chile contra ellos, y se relatan los agasajos en esa comarca.	
CAPÍTULO 9	54
En que se relata cómo Maulicán me despertó al alba y me señaló su deseo de ver a su padre y llegar pronto a su tierra, y de las penalidades que padecemos	

CAPÍTULO 10	61
En que se continúa nuestro viaje y se refiere al peligro y riesgo que pasé aquella noche donde Inalicán, debiendo el autor salir huyendo.	
CAPÍTULO 11	66
Que trata de cómo a los quince días enviaron los caciques de la cordillera las pagas que ofrecieron por mí, con cuatro embajadores, y del trato oculto que hicieron.	
CAPÍTULO 12	70
De cómo cumplido el plazo de citación del parlamento, Lemullanca mandó llamar a Llancareu y su hijo con fraude. Y de cómo estando de camino se supo de una emboscada contra el autor y su amo.	
CAPÍTULO 13	73
En que se refiere cómo el cacique Ancanamun, que era gobernador de aquellos ayllarehues, envió a convidar a mi amo a una fiesta y de cómo en esta ocasión mudé del traje de español a indio.	
CAPÍTULO 14	76
En que se trata de cómo antes de llegar al río me encontré con los nietos de Llancareu que con gran ahínco me pidieron les enseñase a rezar y la doctrina que les hice.	
CAPÍTULO 15	80
De cómo al día siguiente salimos para el festejo de Ancanamun y las reflexiones que surgen de la penosa situación del reino de Chile y sus gobernantes.	
CAPÍTULO 16	87
En que se trata de la suerte que nos recogimos a los ranchos aquella noche y cómo fue Ancanamun donde estábamos y me llevó a su alojamiento para una larga conversación.	
CAPÍTULO 17	92
En que se ponderan las razones del toqui Ancanamun, se sacan algunas lecciones morales y se relata nuestra llegada a la fiesta.	
CAPÍTULO 18	98
En que se trata de la despedida de Ancanamun y mis compañeros, de los agasajos que me hizo a la partida y de la inclinación natural que muestran a los españoles.	
CAPÍTULO 19	102
En que se trata de las diligencias que hicieron los caciques de la cordillera agraviados por Maulicán y confederados con Lemullanca, toqui de nuestra parcialidad, y el ataque que hicieron a la casa de mi amo.	
CAPÍTULO 20	109
En que se relata cómo después de habernos retirado a la montaña donde dormíamos, determinó mi amo Maulicán pasarme hacia La Imperial donde un amigo suyo.	

CAPÍTULO 21	113
En que se relata lo que hicimos al día siguiente y lo que vimos hacer a una machi, de la ceremonia de sanación que fui testigo y de una buena plática con Luancura.	
CAPÍTULO 22	119
En que se prosigue la conversación con el muchacho y de la dificultad en que me puso preguntando que cómo podía parir una doncella como la Virgen María.	
CAPÍTULO 23	123
De cómo luego que amaneció nos levantamos a hacer una hermosa cruz para dentro bautizar a mi amigo y de la llegada de mi amo Maulicán con una invitación.	
CAPÍTULO 24	130
En que se trata de cómo dentro de dos días de su bautizo al muchacho Ignacio le atacó una fiebre grande y del machitún que no le hicieron.	
CAPÍTULO 25	135
En que se trata de la forma de sus exequias y la ceremonia de entierro de mi amigo y otras circunstancias.	
CAPÍTULO 26	141
En que se ponderan las acciones de estos bárbaros y del natural afecto que manifiestan a las cosas buenas y justas.	
CAPÍTULO 27	143
De cómo salimos de la casa del cacique Luancura junto a mi amo Maulicán y su padre rumbo al festejo que se hacía en La Imperial por mi llegada.	
CAPÍTULO 28	147
En que se da principio al festejo en la tierra del cacique Huirumanque de La Imperial y de otras cosas que sucedieron en mi agasajo.	
CAPÍTULO 29	152
De la despedida del cacique Huirumanque y en que se prosigue el viaje y de cómo me quedé en la otra banda de La Imperial.	
CAPÍTULO 30	155
En que se trata de mi quedada en la tierra de Tureopillán, cacique principal de aquel rehue, y de la estimación que hacen del bárbaro que es valiente y soldado.	
CAPÍTULO 31	158
En que se trata de mi estadía en la ruca del cacique Tureopillán, bautizando muchachos y chinas, y de otras cosas que me sucedieron de paso.	
CAPÍTULO 32	163
En que se trata de la búsqueda de las yerbas que yo no conocía y de la invitación que me hizo el cacique Neucopillán de dormir una noche en su ruca.	
CAPÍTULO 33	167
En que se ponderan y refieren algunas acciones inhumanas por los caciques viejos de La Imperial, obradas allí por los primeros conquistadores.	

CAPÍTULO 34	173
En que se refiere el autor a las noticias que tuvo de las antiguas acciones de nuestros antepasados en casa del primo de Tureopillán.	
CAPÍTULO 35	178
En que se moralizan algunas razones y se significa cuán perjudicial es la codicia y lo fue para los primeros conquistadores en estas tierras.	
CAPÍTULO 36	182
En que se prosigue la historia de mi cautiverio y cómo el indio Pedro, mi amigo, llegó muy de mañana a solicitarme que diésemos la cura que tanto deseaba para su mujer.	
CAPÍTULO 37	187
De cómo el cacique Quilalebo convidó a todos los de su parcialidad para que fuesen a hacerle sus chacras y de la llegada y parlamento de un cacique de Villarrica.	
CAPÍTULO 38	197
En que relata el amor que cobró al autor el cacique Quilalebo, que le ofreció su hija, y la disposición que hubo para la despedida del cacique de Villarrica.	
CAPÍTULO 39	202
De cómo habiéndome quedado en casa de Quilalebo me regocijaron todos en aquel distrito y de las conversaciones que trabamos sobre los conquistadores.	
CAPÍTULO 40	206
En que se prosigue la historia, del aviso que tuvimos del cacique Tureopillán para que estuviésemos con cuidado y de la continuación de mi plática con Quilalebo.	
CAPÍTULO 41	210
En que se prosigue la conversación con el cacique Quilalebo y las razones de su lastimado corazón.	
CAPÍTULO 42	214
En que se prosigue la conversación con el cacique Quilalebo, quien relata la muerte del gobernador del reino don Martín García Óñez de Loyola.	
CAPÍTULO 43	220
En que se relatan algunas memorables costumbres de estos indios en la guerra, de las cuales se sacan algunas lecciones para nuestro ejército.	
CAPÍTULO 44	224
En que se prosigue la historia y se da a entender la estimación y aprecio que hacen estos bárbaros de los que son valerosos guerreros y del modo de predicar que tienen.	
CAPÍTULO 45	228
En que se trata de cómo llegamos a casa de Tureopillán aquella noche y de cómo los caciques de la cordillera buscaron quitarme la vida al tener noticias ciertas de mi rescate.	

CAPÍTULO 46	234
En que se trata de la felicidad que tuve entre estos infieles bárbaros, de cómo supimos del fraude con que venían los mensajeros y de la llegada de Quilalebo.	
CAPÍTULO 47	240
De cómo Quilalebo solicitó que me fuese a dormir en su aposento con su hija, de cómo me eximí de tan peligroso empeño y de los parlamentos que se hicieron en mi despedida.	
CAPÍTULO 48	247
De lo que aquel día se dispuso, de las diligencias que hice para traer conmigo a un soldado español cautivo y de nuestro viaje a tierra de españoles.	
CAPÍTULO 49	251
En que se prosigue la historia, se relata la llegada al fuerte de Nacimiento y de la alegría del autor al verse libre y entre españoles.	
CAPÍTULO 50	256
En que se trata de la celebración del día del señor de San Andrés, de la llegada del barco y del buen despacho de los caciques y rescate de Diego Zenteno.	
CAPÍTULO 51	259
En que se trata de nuestro viaje por el tercio donde estaba el gobernador con sus capitanes aguardando las noticias de mi rescate.	
CAPÍTULO 52	265
En que se trata de mi llegada a los ojos de mi amado padre en Chillán, del regocijo que recibió y todos los de la patria.	
BIBLIOGRAFÍA	269

Presentación

Cautiverio feliz, publicado en 1673 por el maestro de campo de los tercios españoles Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, relata su vida en manos de los mapuche tras ser capturado en la batalla de Las Cangrejas en 1629. Los manuscritos originales son un fiel retrato de la Guerra de Arauco y de las conflictivas relaciones hispano-mapuche de aquel período colonial. Aunque su autor era un oficial de los ejércitos reales, destaca el alto grado de cultura de los mapuche, la humanidad con que trataban a sus cautivos y lo justo de su férrea resistencia a la invasión de su territorio. A la vez, el texto es una denuncia política ante el soberano hispano del mal proceder de quienes lo representaban en este rincón del mundo, a quienes el autor sindicaba como responsables de "las guerras dilatadas del Reino de Chile".

Hoy el destacado escritor Pedro Cayuqueo nos presenta esta obra literaria cuyo gran valor es que mantiene incólume los manuscritos originales, adaptando su lenguaje hoy obsoleto y la estructura narrativa que dificultaba su lectura. A diferencia de antiguas adaptaciones, esta no presenta los grandes sesgos que aquellas hicieron en favor de los conquistadores destacando las virtudes de los españoles y los defectos de los mapuche, traicionando con ello el espíritu de la obra original. A través de este nuevo trabajo de Cayuqueo, el lector se fascinará al adentrarse en el Wallmapu del siglo XVII bajo los ojos de un joven militar al servicio del rey y conocer con lúdicos detalles su organización, costumbres, ritos y también el generoso pecho de su noble nación.

GUILLERMO PARVEX

Palabras preliminares

En Chile gran parte de los mayores de cuarenta años han oído hablar de *Cautiverio feliz*, título abreviado de la extensa relación de sus vivencias con los mapuche del maestro de campo general Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán. Fechada el año 1673, se trata de un clásico de la literatura colonial chilena que en mi infancia formaba parte de aquellas selectas lecturas obligatorias —junto a *Cantar de Mio Cid* y *Don Quijote de la Mancha*— capaces de ahuyentar para siempre a los escolares de los libros. No era inmerecida su fama de libro difícil de leer.

Escrita en un castellano antiguo, propio del siglo XVII donde transcurre lo narrado, las escasas adaptaciones de la obra no se caracterizan por ser muy amigables con el lector. Si la versión original de más de quinientas páginas —compuesta por una suma y epílogo, un tratado militar extraviado, cinco discursos, ciento cincuenta y un capítulos plagados de digresiones, versos en latín y poemas en octavas reales— resultaba un desafío casi insalvable, sus adaptaciones literarias no hacían las cosas más fáciles. Ni en la forma ni en el fondo.

Entre las más difundidas se encuentran *El Cautiverio Feliz de Pineda y Bascuñán* del poeta y escritor Ángel Custodio González (Editorial Zig-Zag), y *Bascuñán, el cautivo* del escritor Alejandro Vicuña (Editorial Nascimento), ambas publicadas el año 1948.

Si bien estas adaptaciones buscaban facilitar su lectura para fines escolares, el resultado siguió siendo una abultada versión, mutilada del texto original y con un marcado sesgo racista. Sucede que, siguiendo a los historiadores decimonónicos y a los pedagogos del siglo XX, ambas subrayaban las descripciones negativas de los mapuche por sobre aquellas positivas también consignadas y extensamente en la obra. De allí sus constantes referencias a las “borracheras” de los mapuche, a las *machi* como “brujas” o “hechiceras demoníacas” y a nuestra propia sociedad como “bárbaros incorregibles”. Fue lo que por décadas aprendieron de los mapuche los escolares chilenos, generación tras generación.

La mutilación de la obra de Pineda y Bascuñán ha sido la tónica de sus escasas adaptaciones modernas. Estas en su mayoría se basan en el manuscrito que tras permanecer olvidado en la Biblioteca Nacional por casi dos siglos, en 1863 y bajo la tutela del historiador Diego Barros Arana pasó a formar parte del tercer tomo de la *Colección de historiadores de Chile*. Dicha publicación, junto a la edición crítica de dos tomos de Mario Ferreccio y Raissa Kordic (2001, RIL Editores), son las únicas que han plasmado la obra en su totalidad, incluyendo las aventuras de Pineda y Bascuñán en Wallmapu junto a sus extensas digresiones políticas, religiosas y morales.

He allí precisamente lo fascinante de *Cautiverio feliz*.

Sí, es el relato del joven capitán capturado por guerreros mapuche en la batalla de Las Cangrejeras (1629, cercanías de Yumbel) y de los siete meses que pasó prisionero. En sus páginas, con gran frescura y amena descripción, relata todo lo vivido, lo comido y lo bailado por él al sur del Biobío. Sucede que pese a todo mal no lo pasó, sus anécdotas las cuenta y por montones. La suya fue tal vez la primera inmersión cultural de un *winka* en territorio mapuche de la cual tenemos detallado registro. Notable testimonio del encuentro de dos culturas, la española y la indígena, todo bajo el gentil auspicio de visionarios *lonkos* y *caciques* como ustedes ya descubrirán.

Todo ello es *Cautiverio feliz*, un trepidante relato autobiográfico, tal vez la primera novela de aventuras escrita en el Reino de Chile y basada en hechos cien por ciento reales. Lo destaca Ángel Custodio en su edición de 1948. “Posee atmósfera, argumentos y personajes con un destino real y verídico. Tiene el drama, la psicología de los personajes, la inseguridad en el desenlace. Se puede por tanto hablar de una agradable novela”, señala. “La incertidumbre está a lo largo de toda la obra: el cacique Maulicán ha prometido la libertad del joven capitán. ¿Podrá cumplir su promesa? Los caciques de la cordillera odian al cautivo. ¿Lograrán darle muerte? ¿Llegará a tiempo para alcanzar a ver vivo a su anciano y enfermo padre?”, agrega la investigadora Fresia Inés Castillo.

Ambos concluyen que la obra posee todas las condiciones para ser considerada una novela propiamente tal, de allí la extraordinaria popularidad que gozó en su época, la cual, según José Toribio Medina, fue “una de las obras más leídas en Chile y aun en el Perú durante la colonia”. Agregaría, por mi parte, que también posee todos los ingredientes para una futura y exitosa serie histórica de Netflix o Amazon Prime Video. Sí, todo ello es y podría llegar a ser *Cautiverio feliz*. Pero también es mucho más que eso.

A juicio de destacados intelectuales chilenos como Pablo Neruda, Álvaro Jara y Mario Góngora, la obra es también la más incisiva reflexión ético-política acerca de los regímenes gubernamentales de Chile en el siglo XVII, así como un lúcido alegato contra las interminables e injustas guerras desatadas por los gobernadores en la “frontera araucana”. Según Diego Barros Arana, notables son las noticias que el autor entrega acerca de los mapuche, su sistema militar, su industria y organización política. También de la colonia y su mal gobierno, a juicio del cautivo la principal razón de aquella dilatada y desastrosa guerra.

“Bascuñán se ha esforzado en dar a conocer los abusos del sistema de encomiendas, la codicia de los encomenderos, la rapacidad de los que traficaban con los indios y el mal pago que se daba a los buenos servidores del rey mientras eran premiados algunos hombrillos desprovistos de todo mérito”, escribe al respecto el padre de la historiografía chilena.

Sergio Correa Bello, autor en 1965 del primer estudio sistemático sobre la obra, da por su parte especial relieve a su carácter de libro político si nos atenemos, como advierte debemos hacerlo, a la intención con que fue escrito. “Bascuñán

está en la línea de pensamiento de los escritores políticos del siglo XVII: su libro es un reclamo insistente encaminado a obtener del poder público la satisfacción de sus necesidades particulares, que son en general las de los beneméritos y, en un sentido más amplio, las de todos los vasallos”, subraya Correa.

Relato autobiográfico y reflexión ético-política, narración novelesca y tratado moral, las diversas almas de una obra ineludible de las letras hispanas en aquel Chile colonial. ¿Es posible prescindir de alguna de ellas? Imposible para mí. Allí tal vez la principal debilidad de las dos adaptaciones literarias mencionadas al inicio: reducir la obra a una mera descripción anecdótica o costumbrista, ello para dejarla “más liviana y grata de leer” como reconoce el propio Alejandro Vicuña en las “Advertencias preliminares” de su libro de 1948.

El propósito de la adaptación de *Cautiverio feliz* que hoy tienen en sus manos —la primera realizada por un escritor mapuche— es también acercar la obra a un público masivo, pero resguardando no caer en su mutilación arbitraria, tampoco infantilizar al lector y mucho menos distorsionar el objetivo central que su propio autor persiguió al escribirla.

¿Qué pretendía decir el maestro de campo general de los tercios al publicar su obra en 1673? Insiste mucho Pineda y Bascuñán en su manuscrito que su objetivo no es otro que comunicar al rey Carlos II, a quien está dedicado, lo que considera las erradas políticas en la administración colonial, en las estrategias militares en la frontera y en el propio trato a las parcialidades mapuche. Siguiendo a Correa Bello, un libro político, pero también un alegato indigenista pionero en Chile como bien lo advirtieron el sabio letón Alejandro Lipschutz y el escritor José Anadón, este último autor de la biografía más detallada que existe del autor: *Pineda y Bascuñán, defensor del araucano* (1977).

A juicio de Anadón, su comprensión frente al modo de vida, las costumbres y las creencias mapuche vuelven a Pineda y Bascuñán un escritor colonial “indigenista”, es decir, un defensor de su causa que no era otra que la liberación del abuso de los españoles. Hablamos de un *yo acuso* motivado, sostienen algunos estudiosos, por una profunda molestia hacia las autoridades coloniales, ello en el contexto de su desmedrada situación personal —una vejez sin reconocimiento ni estabilidad económica tras una vida dedicada al servicio del rey— y su desazón ante el Fūta Malón (gran levantamiento) de 1655 cuando Chillán, su ciudad natal, debió ser incluso abandonada por los españoles. De allí el extenso título original del manuscrito: *Cautiverio feliz y razón individual de las guerras dilatadas en el Reino de Chile*.

Es precisamente tras aquel levantamiento liderado por Ñamku o Mestizo Alejo que Pineda y Bascuñán se aboca a la escritura de la obra, tarea a la que dedicará veinte largos años. Relevado ya de sus funciones militares, su relato constituye una fuente histórica invaluable para comprender el embrollado laberinto de la Guerra de Arauco en aquel período.

El joven capitán es capturado en 1629, treinta años después de la épica victoria mapuche de Curalaba y cuando la estrategia de la guerra defensiva,

impulsada por el padre Luis de Valdivia tras los sucesos de 1598, llegaba irremediablemente su fin. Se restablecía con ello en Chile una institución infame para los mapuche: la esclavitud de aquellos “indios” tomados con las armas en las manos, medida de gran regocijo para los encomenderos de la capital y también para sus principales proveedores sureños, los jefes militares de la frontera. En esa codicia desatada descubrirá el joven cautivo una de las razones principales de la guerra y, a su juicio, de la propia ruina moral del reino.

Pineda y Bascuñán, valga la aclaración, no fue cualquier soldado español. Hijo de Álvaro Pineda y Bascuñán, distinguido militar y maestro de campo general —máximo grado en aquel ejército colonial español—, tras su liberación destacó en la milicia, recorriendo uno a uno sus diversos rangos, llegando a ser nombrado, al igual que su padre, maestro de campo general en 1648. En 1655, con motivo del Fūta Malón, destacó en la defensa de la plaza de Boroa y más tarde protegiendo Concepción, por entonces la capital militar del Reino de Chile. En 1674 fue nombrado gobernador de Valdivia y más tarde promovido a un corregimiento en el Perú, cargo que sin embargo diversas circunstancias le impidieron desempeñar.

Pero más que sus servicios militares, es su obra *Cautiverio feliz* la que lo ha hecho conocido para la posteridad. Un último dato: los dibujos que ilustran el manuscrito original están entre las primeras imágenes de los mapuche realizadas por españoles nacidos en Chile. Los dos primeros tienen por tema la batalla de Las Cangrejeras, donde fue capturado, mientras que los restantes ilustran diversos aspectos del relato. Si bien no puede precisarse si son de la mano directa de Pineda y Bascuñán o fueron incorporados más tarde por copistas de oficio, su valor resulta innegable a la hora de estudiar los imaginarios coloniales.

Para la versión que tienen en sus manos se ha respetado fielmente lo escrito en el manuscrito original, utilizando como fuente la edición crítica de Ferreccio y Kordic del año 2001, hasta la fecha el estudio más completo sobre la obra y por lejos su edición más fidedigna. Solo se han realizado ajustes en la gramática, sintaxis y estructura del libro a objeto de facilitar su lectura y el acercamiento de las nuevas generaciones a este fascinante relato histórico.

No oculto mi deseo que al cabalgar ustedes por Wallmapu junto al cautivo español, el valeroso lonko Maulicán y otros célebres *toquis* de aquella época, experimenten también su propio cautiverio feliz, uno que les permita conocer —tal como sucedió con Pineda y Bascuñán hace ya casi cuatro siglos— lo ilustre de la historia mapuche, la nobleza de nuestra cultura y su digna resistencia en el Cono Sur de América. He allí el principal propósito del libro que hoy tienen en sus manos: tender, en tiempos de conflicto y controversias que persisten, un necesario puente de diálogo entre la sociedad chilena y su principal nación originaria.

Capítulo 1

EN QUE SE TRATA DE MIS PRIMEROS AÑOS, DE LA SUERTE QUE ENTRÉ A SERVIR AL REY Y DE LA MUERTE DEL CORREGIDOR DE CHILLÁN, DE CUYO DESASTRE RESULTÓ MI CAUTIVERIO.

Mi infancia en Chillán, hasta los dieciséis años, la ocupé en el estudio de las letras, educación y doctrina de la religión sagrada de la Compañía de Jesús, aunque en poco tiempo no es mucho lo que se puede aprender. Pero después de haber cursado la escuela de los padres jesuitas desde la edad de seis años y de haber conocido algo de lo que la ciencia filosófica y teológica enseña, mi padre, Álvaro Núñez de Pineda y Bascuñán, decidió detener mis estudios.

Mi madre, Magdalena Jofré de Loaiza, descendiente de uno de los más distinguidos conquistadores de Chile, había fallecido cuando yo tenía la tierna edad de seis años y mi amado padre, imposibilitado por su edad de proseguir sirviendo a Su Majestad en el reino, había decidido retirarse de los asuntos de la guerra, dejando el oficio de maestro de campo general que fielmente ejerció en la frontera para cuatro gobernadores.

Las armas habían sido la tarea de mi padre desde los catorce hasta los sesenta y seis años con aprobación notoria, pues se esparció su fama aun en las más dilatadas regiones y provincias de nuestra América austral. Envejecido en el servicio, privado de un ojo, tullida sus piernas y lleno de achaques, su anhelo era que su hijo pudiera servir al rey de la misma forma. Por ello ordenó que me alistara como soldado para arrastrar una pica en una compañía de infantería española. Fue una decisión que como joven y sin experiencia militar me afectó de sobremanera, especialmente porque nadie de buena familia y con dinero era enviado a ocupar un puesto de soldado en los tercios que guerreaban en la frontera. Esas personas, habitualmente, con su poder e influencia compraban los mejores puestos en las milicias, un premio que con su trabajo y desvelo jamás podría conseguir un pobre soldado.

He aquí, ya de entrada, una de las causas que explican esta larga y desgastante guerra en el Reino de Chile, la ávara codicia de los que nos gobiernan pues por interés siempre favorecen a los que no son dignos de lo que solicitan.

El gobernador que en aquellos tiempos mandaba el Reino de Chile [Francisco de Álava y Nureña, 1624-1625] era un caballero, gran soldado, cortés y atento a los méritos y servicios de quienes servían a Su Majestad. Considerando la alta calificación de mi padre, le había enviado a ofrecer una compañía de infantería para que yo fuese a servir al rey con mayor comodidad y lucimiento. Yo estuve muy de acuerdo. Se lo dije a mi padre, que me parecía bien que como

"El principal blanco a que se encaminan mis discursos no es otro que hacer las verdades patentes. Así daremos principio a mi cautiverio feliz de adonde sacaremos el fundamento de la dilación de esta guerra de Chile".

Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán

hijo suyo me pudiera diferenciar del resto por lo que sería prudente aceptar el ofrecimiento del gobernador.

Mis razones hicieron en sus oídos tal disonancia que se vio obligado a sentarse en la cama. Luego me dijo, con ásperas palabras, que no sabía ni entendía de lo que hablaba, que cómo pretendía entrar sirviendo al rey con rango de capitán si no sabía ser soldado; que cómo me había de atrever a ordenar o mandar a los experimentados y antiguos en la guerra sin saber a qué los mandaba; que solo serviría para darles de qué hablar y de qué reír porque quien no había aprendido a obedecer era imposible que supiese mandar bien.

Me consoló recordar unas elegantes palabras de Cicerón que dicen lo mismo que mi sabio padre, que solo es digno y merecedor del mando el que sabe obedecer. Y otras del glorioso san Gregorio que dicen que no se atreva a ser superior prelado quien no ha sabido ser súbdito obediente.

¡Qué importante sería para nuestra real Corona el que los pretendientes de privilegios tuviesen una respuesta como la que tuve de mi amado padre! Como gran soldado no se dejó llevar por la ambición que pudo significar la fama y honra de su hijo, como hacen otros padres con los hijos que son su devoción, sin tener más méritos y experiencias que las que quieran darles sus superiores. Mi padre hizo todo lo contrario, optó por atender más a la conveniencia pública que a su propio interés. Y todo ello para mayor servicio a Su Majestad. Qué importante sería que se les cerrase la puerta a los que con dinero solicitan honores y dignidades sin haber sabido lo que es ser soldados. Sepan que es por ello que los sucesos de esta larga guerra van de mal en peor, corriendo los gobiernos la misma y fatal suerte.

Con esta lección partí a cumplir el mandato de mi padre al estado de Arauco, lo hice con toda presteza porque, como dijo san Bernardo, el fiel obediente no conoce la tardanza. Allí procuré hacerme un soldado capaz en breve tiempo. En mis años en el fuerte de Arauco ocupé el puesto de alférez de la compañía del maestro de campo del tercio, cabo y gobernador de ella, y más tarde capitán de infantería española. Tras un breve retiro por motivos de salud que pasé junto a mi padre en Chillán, por petición suya y motivado por lamentables sucesos que más adelante relataré, pronto volví a enlistarme en el real servicio.

Me mandaron entonces a servir a otra compañía de infantería española, en el tercio de San Felipe de Austria [cercanías de Yumbel], que era entonces una zona asediada por el enemigo que privilegiaba la zona cordillerana y la parte central del territorio para sus incursiones. Agradecí con todo gusto mi destinación por tratarse de una plaza militar peligrosa y de mayor riesgo que el fuerte de Arauco, lo que me permitiría servir con mayor voluntad a Su Majestad e incluso perder la vida si se daban los hechos.

Es de destacar el fervor y la lealtad con que, en un reino como este de Chile, tan remoto, algunos procuramos oponer nuestras vidas al peligro que

consigo trae la guerra. Es poco el premio que esperamos en regiones tan distantes y apartadas de la presencia de nuestro monarca. Puedo decir y asegurar con base en mi experiencia que son muchos más los que han adquirido algunos maravedíes [moneda española] a los que los han sabido gastar en el real servicio y la defensa de su patria. Ejemplos podría dar muchos, pero es peligroso decir verdades.

El año 1629, a los diez días del mes de abril, ingresó el enemigo a molestar la comarca y distrito de la ciudad de Chillán, dispuestos a llevarse por delante lo que pudiesen y todo lo que topasen sin resguardo. Eran las malocas su forma de hacer la guerra, entradas y salidas donde procuraban hacernos el mayor daño posible. Y aunque en esta ocasión el daño no había sido muy considerable, el corregidor de aquella ciudad quiso salir en su persecución.

A pesar de ser una persona de todo valor y experiencia en los asuntos de la guerra, le faltó lo que a muchos presumidos: oír los consejos del resto. Optó entonces por arrojar al peligro junto a sus soldados a costa de sus vidas. Y así le aconteció al valeroso capitán Gregorio Sánchez Osorio lo que a los sacerdotes y que se refiere en el libro de Macabeos, que queriendo mostrarse más valerosos de lo que sus fuerzas permitían, determinados a salir a la batalla sin recibir consejo alguno, perecieron todos.

Poca capacidad muestra el que actúa sin consejo. Así lo dicen los Proverbios: "Donde no hay consejo no está la sabiduría, sino la locura manifiesta", dice por su parte el gran doctor y maestro Francisco de Mendoza. Y es cierto: si en esta ocasión hubiera seguido el parecer y consejo de las personas ancianas y de toda experiencia, hubiera conseguido un feliz acierto. Porque saliendo de la ciudad a coger el rastro de los atacantes le advirtieron que evitase los rodeos innecesarios y el cansancio de los caballos, tomando un atajo más directo si quería dar con el enemigo antes que ellos ganasen las ásperas montañas de la cordillera, la muralla que siempre han tenido por defensa. No lo hizo así, quizás por parecerle que su propia voluntad sería el medio más eficaz para darles alcance.

Cuando llegó a ver al enemigo rebelde este ya estaba en la montaña, donde ganaron un paso estratégico y para su defensa un pantanoso sitio al cual solo para ingresar era necesario valerse de fuerza y maña para no caer del caballo. Cuando llegó al paso el corregidor y sus hombres, fueron muy pocos los que pudieron seguirle por haber quedado muchos caballos rendidos y fatigados. De haber seguido los consejos hubiera ahorrado leguas, aliento a los caballos y alcanzado a los enemigos en campo descubierto, castigando sin duda su osadía y quebrantando su atrevido orgullo.

Porque como supimos después ellos no superaban en verdad los ochenta guerreros y los nuestros pasaban de más de cien, gente valerosa y escogida, pero la mayoría de las veces el atrevimiento sin sagaz consejo solo sirve para precipitarse. Sucedió aquello y arrojándose al paso el capitán, con particular

valor y esfuerzo, a lanzas lo derribaron del caballo los araucanos. Y dos hijos que iban en su compañía, habiendo visto en tan evidente peligro a su padre, le siguieron para defenderle dejando allí también sus vidas. Misma suerte corrieron otros cuatro soldados que se ganaron la reputación de quedar en la muerte junto a su capitán. A grandes daños y conocidos riesgos se pone el superior que no admite pareceres ni solicita consejos.

En ese tiempo yo asistía en el tercio de San Felipe de Austria, a cargo de una compañía de infantería española. Aquella misma noche tuvimos el aviso de lo que había acontecido y se ordenó al sargento mayor de dicho tercio, Juan Fernández de Rebolledo, salir al encuentro del enemigo y esperarle en el paso por donde le era forzoso retirarse a sus comarcas. Para ello se buscó el rastro de su entrada. Hicimos así y aunque llegamos en un muy buen tiempo para montar una emboscada, tres exploradores enemigos se nos escaparon lanzándose sin sus caballos por unas grandes barrancas al río que llaman Puchanque, porque de otra suerte era imposible. Nos quedamos solo con la vista de ellos huyendo y con sus caballos ensillados en nuestras manos.

El escape sin castigo de esa cuadrilla enemiga tendría consecuencias. Resultó que de este suceso que los hizo impensadamente gloriosos entre los suyos, determinaron a los pocos días regresar para batallar con nuestro tercio de San Felipe de Austria, pero esta vez acompañados de una gruesa junta de guerreros. Fue así que el 15 de mayo del citado año se nos vinieron a las manos y a las puertas más de ochocientos enemigos después de haber destruido y saqueado muchas estancias y chacras a nuestro tercio. Más adelante proseguiré con esta historia.

Capítulo 2

EN QUE SE REFIERE A LA BATALLA QUE EL TERCIO DE SAN FELIPE DE AUSTRIA TUVO EN EL SITIO DE LAS CANGREJERAS, ADONDE MURIERON CIEN HOMBRES Y EL AUTOR QUEDÓ PRESO.

A una legua de nuestro cuartel llegaron más de ochocientos indios enemigos y en un estrecho paso del estero que llaman de Las Cangrejas [actual estero Yumbel] nos aguardaron resueltos y alentados. Allí tuvimos el encuentro y la batalla campal que ahora les relataré.

Luego que nos tocaron alarma de que el enemigo había recorrido nuestras estancias y hecho grandes estragos en ellas, capturando y dando muerte a muchos habitantes, quemando y saqueando algunas chacras, el sargento mayor de nuestra frontera despachó con toda prisa la caballería para reconocer por dónde se retiraba la tropa enemiga. El número de gente que salió del tercio sería solamente de setenta hombres. Se encaminaron entonces al paso referido del estero de Las Cangrejas, pero el enemigo, pudiendo retirarse con su presa sin arrimarse a nuestro tercio, decidió hacernos frente conociendo nuestra flaqueza y falta de soldados, que en ese tiempo se componía de poco más de doscientos hombres mal avenidos y peor disciplinados.

Y llegando a tocar esta materia se me viene a la memoria lo que nos aconteció en el río Puchanque cuando se nos fueron de las manos los tres exploradores enemigos. Aconteció allí un caso lastimoso que quizás confirme lo que he dicho y quede claro lo mal preparados en su profesión militar que estaban en aquellos tiempos algunos soldados.

Cuando salimos en seguimiento de los tres fugitivos enemigos del lugar de la emboscada que habíamos preparado, se le disparó el arcabuz que llevaba a un soldado y al instante mató a otro que estaba delante de él, sin que pudiese hablar palabra. El suceso y semejante espectáculo a la vista nos dejó lastimados y afligidos, dando infinitas gracias a nuestro Dios y Señor de habernos librado a algunos capitanes de aquel infortunio tan grande, más aún cuando tan cerca nos hallábamos, hombro con hombro, del desgraciado difunto. Sin duda aquel desastre era anuncio de otros mayores pues tan patentemente nuestras propias halas se volvían contra nosotros. Grandes avisos nos envió en aquellos tiempos el piadoso Señor de los cielos y la tierra para que mudásemos de estilo en nuestras costumbres yuviésemos la prevención necesaria, pero las autoridades mayores no cuidaban otra cosa más que sus comodidades e intereses, situación que perturba el ánimo de los más justos. Cerremos aquí nuestro paréntesis y continuemos el relato.

La primera cuadrilla de doscientos araucanos llegó al paso de Las Canchales, embistiendo contra nuestra caballería y trabando escaramuza para apoderarse del paso. Los nuestros, en su defensa, poco pudieron hacer. En aquel primer encuentro los indios degollaron quince españoles y cautivaron tres o cuatro, obligando a los demás soldados a retirarse a una loma rasa cercana al paso y allí aguardar a la infantería que con toda prisa marchaba a mi cargo. Y habiendo montado a caballo los infantes que pude, llegué con toda prisa al sitio donde la caballería derrotada nos estaba aguardando. Con las tres compañías de infantería que llegamos aún no éramos ochenta soldados y con los de caballería haríamos poco más de ciento sesenta, pasando el enemigo el número de mil.

Cuando me encontré con la infantería en el alto de la loma, divisando en los médanos de abajo al enemigo apeándose de sus caballos para embestirnos, de inmediato desmonté el mío, cogiendo la vanguardia como capitán más antiguo de infantería. Dispuse entonces de los soldados que conmigo acababan de llegar, con el mejor orden que pude, entreveradas las picas con las arcabucerías, para marchar sobre el enemigo que estaría media cuadra poco más o menos de los nuestros. Hice memoria en ese minuto de lo que el maestro de campo general Álvaro Núñez de Pineda, mi padre, hombre experimentado en esta guerra y en el conocimiento de los indios, me señaló varias veces: que mediante el favor divino él había tenido felices aciertos y victorias por haber enfrentado al enemigo al momento de darle vista, aunque fuese con muy desigual número, porque decía que con eso no le daba tiempo a ponerse en orden ni a discernir ni numerar la gente que llevaba, si era poca o mucha.

Juzgo de verdad que nos hubiera ido mucho mejor si se hubiese puesto en ejecución mi discurso y pensamiento. Mas, estando resuelto a marchar contra el enemigo, llegó un capitán de caballos ligeros con la orden de que me detuviese y formase un escuadrón redondo con mi infantería. Como no era mi intención contradecir su mandato recordé lo que Tácito dijo en su *Historias* y Aristóteles en su *Política*: que la excelencia mayor del soldado está solo en obedecer a sus superiores. Pero mientras ordenaba a la poca gente de infantería que comandaba, el enemigo no esperó a dejarnos acabar de ponernos en orden para la batalla, embistiendo contra nosotros en forma de una media luna, con la infantería en medio resguardada por los lados por su caballería.

El tiempo les fue además favorable por ser lluvioso y por un recio viento norte que nos imposibilitó usar nuestras armas de fuego, de manera que no se pudo dar más que una carga y esa sin tiempo ni sazón. Su infantería y caballería cargó sobre nosotros con tal fuerza y furia que a los ochenta hombres que nos encontrábamos de pie nos cercó la turba, muriendo la mayor parte sin desamparar sus puestos como buenos soldados y peleando valerosamente.

Yo estaba haciendo frente en la vanguardia del pequeño escuadrón que comandaba, en evidente peligro y peleando con todo valor y esfuerzo por mi

vida, juzgando tener seguras las espaldas, pero no pudimos resistir la furia enemiga y mis compañeros quedaron muertos y los pocos que me asistían iban cayendo a mi lado. Entonces sucedió que después de haberme dado un indio una lanzada en la muñeca derecha, quedando imposibilitado de usar armas, me descargaron un golpe de macana que es una pesada porra de madera. Caí derribado a tierra y sin sentido, con el espaldar de acero bien encajado en mis costillas y el peto atravesado de una lanzada. De no estar bien cubierto y postrado en el suelo, mi suerte hubiera sido la muerte con los demás capitanes, oficiales y soldados que allí perecieron. Cuando volví en mí y recobré el aliento me hallé cautivo y preso de mis enemigos.

Capítulo 3

EN QUE TRATA EL AUTOR DEL PELIGRO Y RIESGO EN QUE SE VIO LUEGO QUE LE CAUTIVARON Y CÓMO UNO DE LOS MÁS BRAVOS GUERREROS LE FAVORECIÓ Y FUE CAUSA PRINCIPAL DE SALVARLE LA VIDA.

Después del suceso narrado, preso y entre mis enemigos, se me vino a la mente el gran peligro y riesgo en que me hallaba si mis captores me conociesen por hijo del maestro de campo general Álvaro Núñez de Pineda. Grande era el aborrecimiento que los indios mostraban al nombre de mi padre, aversión que le habían tomado por los daños recibidos y las continuas molestias que de su mano recibían y experimentaban. Me pareció conveniente usar cautelosas simulaciones, fingiendo ser de otras tierras. Y aunque lo común y ordinario de su lengua yo entendía, me hice parecer un ignorante. Usé para ello una sentencia de Horacio que dice: "Es prudencia grande en ocasiones hacerse el ignorante y enloquecer cuerdo".

Cuando me preguntaron quién era y de adónde, respondí ser de los reinos del Perú y que hacía poco tiempo que era soldado en estas partes. Lo creyó por entonces el dueño de mi libertad, Maulicán, mostrándose apacible, alegre y placentero, a cuyos agasajos me mostré con acciones y semblante agradecido. Y estando en ese sosiego después del susto mortal de verme cautivo, llegó a nosotros un indezuelo ladino [joven de rasgos indígenas] quien había guiado al ejército enemigo hasta nuestras estancias y también a las tierras de su amo encomendero. Días antes él se había escapado y sumado a los enemigos producto de vejaciones y malos tratos que había recibido, que lo cierto es que la mayoría de las veces somos nosotros mismos el origen de nuestras adversidades y desdichas en estas comarcas.

Llegó entonces al sitio y lugar donde me tenían despojado de las armas y de parte de mi ropa, acompañado de otros amigos y compañeros suyos a quienes había dicho quién era yo. Para mi desgracia llegó diciendo en voz alta:

—¡Muera! ¡Muera luego este capitán porque es hijo de Álvaro Maltincampo que tiene nuestras tierras destruidas y a nosotros aniquilados y abatidos! No hay que aguardar con él porque nuestra suerte y buena fortuna le ha traído a nuestras manos.

Álvaro Maltincampo era como el enemigo llamaba a mi padre, que es su forma de decir *maestro de campo*.

Rápido se reunieron muchos otros no menos enfurecidos y rabiosos, apoyando las voces y las intenciones de los primeros que levantando en alto las lanzas y macanas intentaron descargar sobre mí muchos golpes y quitarme la vida.

Más, como su divina Majestad es dueño principal de las acciones, quien las permite ejecutar o las suspende, quiso que las de estos bárbaros no llegasen a la ejecución de sus intentos. Tuvo por bien de su divina clemencia que de en medio de mis rabiosos enemigos y al tiempo que aguardaba en sus manos perder la vida, llegó a rescatarme piadoso uno de los más valientes capitanes y estimados guerreros de su bárbaro ejército, llamado Lientur. Por ser su nombre respetado entre los suyos y bien conocido entre los nuestros, lo traigo a la memoria agradecido.

Lientur, debo contar, era un viejo conocido de mi padre.

El tiempo en que este valeroso caudillo trató en tiempos de paz con nosotros fue de los mejores amigos y más fieles que en aquellos tiempos se conocieron. Grandes agasajos y cortesías le hizo el maestro de campo general mientras gobernó estas comarcas fronterizas. Y aunque el común y buen tratamiento que mi padre hacía a los demás jefes era conocido y constante, con este guerrero parece que quiso llevar más allá sus agasajos, tomándole a uno de sus hijos y llamándole compadre.

Fue una acción que el caudillo supo tener presente y por la cual tomó tanto aprecio y estimación a mi padre, mostrándose amigo verdadero de aquel a quien conoció en tiempos apacibles, aunque después fuera su feroz enemigo producto de las malas decisiones de otras autoridades superiores. Ellos fueron los que lo obligaron a rebelarse y dejar su comunicación y afecto. Me veo obligado a juzgar y decir que la esclavitud de esta nación no la justifico porque ha obligado a las tropas a poner en ejecución grandes maldades por la codicia insaciable de los nuestros. Esa codicia es la que perturba y alborota la paz y el sosiego que pudiera conseguirse en este desdichado reino.

Llegó entonces Lientur y con valerosa resolución entró en medio de los demás que a gritos pedían mi muerte. Con su sola presencia pusieron todos silencio a sus razones. Y haciéndose lugar en medio de ellos se acercó al sitio donde Maulicán, mi captor y dueño de mis acciones, me tenía, con sus lanzas y adargas [escudos] en las manos para defenderme, no respondiendo palabra alguna a lo que aquella turba con airados ímpetus proponía.

Cuando vi al capitán Lientur, caudillo general de aquel ejército, llegar a mi lado armado desde los pies a la cabeza, con sus armas aceradas en el pecho, la espada ancha desnuda, en la mano un morrión [casco español] y celada en la cabeza, sobre un feroz caballo armado que por las narices echaba fuego ardiente, espuma por la boca, pateando el suelo, me fue imposible estar sosegado. Temí lo peor. Colegí que el personaje referido llegaba de refresco a poner en ejecución la voz de la multitud, esto es, poner término a mis días. Volví entonces al cielo los ojos e invoqué a mi Dios, clamé con todo mi corazón y con mi espíritu. Y su divina Majestad se sirvió de oírme. Así me sucedió pues cuando aguardaba ver el rostro formidable de la muerte aconteció el milagro.

Se acercó entonces el famoso Lientur y razonó lo siguiente que diré. Lo primero que hizo fue preguntarme si yo era el hijo del maestro de campo

Álvaro, a lo que respondí turbado que yo era aquel miserable prisionero. Lo que a todos era ya patente no podía ocultarlo más. Lamentó entonces Lientur haberme conocido en ese estado tan afligido y lastimado, sin poder darme alivio antes. Volvió entonces los ojos a mi amo Maulicán diciéndole las siguientes palabras:

Tú, capitán esforzado y valeroso, puedes tener este presente por feliz y afortunado, ya que la jornada que hemos emprendido se ha encaminado solo a tu provecho. Pues te ha cabido la suerte de capturar al hijo del primer hombre español que nuestra tierra ha respetado y conocido. Blasonar puedes tú solo y cantar victoria por nosotros. A ti debemos nosotros dar las gracias porque tu buena suerte es también nuestra fortuna, que, aunque es verdad que hemos derrotado y muerto gran número de españoles y cautivado otros, han sido todos chapecillos [soldados rasos sin oficio] que ni allá hacen caso de ellos, ni nosotros tampoco. Este capitán que llevas es el fundamento de nuestra batalla, la gloria de nuestro suceso y el sosiego de nuestra patria. Y aunque te han persuadido y aconsejado rabiosos que le quites luego la vida, yo soy y seré siempre de contrario parecer porque con su muerte, ¿qué puedes adquirir ni granjear sino es que con toda brevedad se sepulte el nombre y la opinión que con él puedes perpetuar? Esto es cuanto a lo primero. Lo segundo que os propongo es que, aunque este capitán es hijo de Álvaro, de quien nuestras tierras han temblado y nosotros le soñamos solo con saber que vive y de quien siempre que se ofreció ocasión fuimos muertos muchos de los nuestros, aquello fue con las armas en la mano y peleando, que eso hacen los valerosos soldados y lo mismo hacemos nosotros. Mas a mí me consta del tiempo que asistí con él a parlamentar a la frontera que después de pasada la refriega, a ninguno de los cautivos nuestros dio la muerte a sangre fría, solicitando a muchos el que volvoiesen gustosos a sus tierras, como hay algunos que gozan de ellas libres en sus casas de descanso, entre sus hijas, mujeres y parientes, por su noble pecho y piadoso corazón. Lo propio e igual de generoso debes hacer con este capitán, tu prisionero, que lo que hoy miramos en su suerte podemos ver en nosotros mañana.

Y volviendo las ancas del caballo se retiró dejando a todos mudos y en suspenso. Cada uno entonces tomó su camino y se fueron dividiendo y apartando de nosotros. Hasta que le perdí de vista no la pude quitar de su presencia, considerando una y muchas veces si fue algún ángel de la divina Providencia despachado para ir en ayuda y socorro en tan terrible trance y peligroso conflicto.

Desde aquel punto y hora todo cambió. Mi señor Maulicán comenzó a tratarme con amor, con benevolencia y gran respeto. Permitted tuviera mis vestimentas y me puso una capa que él traía y un sombrero en la cabeza a causa de que el tiempo con sus lluvias continuas obligaba a marchar con toda prisa hacia sus tierras más allá del río Biobío. Y si bien nuestro penoso viaje ofreció muchas cosas que contar, daré fin a este capítulo con la acción de aquel valeroso caudillo Lientur, ponderándola como es razón, pues puede avergonzar a otros que

solo en tiempos de prosperidades procuran parecer amigos, como elegante-mente lo dijo Ovidio: "Cuando fueres poderoso muchos amigos tendrás, mas si te quedas en paz y dejas de ser dichoso, no hallarás algún piadoso que se duela de tu mal, porque si estás sin caudal a todos serás penoso".

¡Qué pocos amigos verdaderos en estos tiempos se conocen! De amistades falsas sí que sabemos todos, aquellas que a los primeros lances las vemos desvanecerse. Pero como nos enseña el padre san Gerónimo, las verdaderas amistades no tienen puesta la mira en la utilidad y provecho, porque la verdadera amistad, como dijo Cicerón, es eterna. Les presento entonces a los amigos aduladores a este generoso caudillo, quien menos obligación tenía de ayudarme al ser un extranjero. Este gentil caudillo manifestó con grandeza su ánimo de ser un amigo verdadero, pues lo fue sin intereses de por medio ni lisonjas, que ajeno de lo uno y de lo otro se hallaba para obrar con generosidad y pecho valeroso.

De esa calidad y naturaleza son los indios que algunos llaman ingratos y traidores, cuando en verdad podemos decir, con cierta experiencia y conocimiento quienes por tiempo los hemos tratado, que sus acciones y arrestos valerosos han sido más que justificados. Los han forzado nuestras tiranías, nuestras inhumanidades, nuestras codicias y nuestras culpas y pecados, que continúan en estos tiempos con más descaro y desvergüenza, atropellando la virtud y avallándola, haciendo de la guerra de Chile inacabable, sangrienta y dilatada.

Capítulo 4

EN QUE SE TRATA DE CÓMO AL PASAR EL RÍO BIOBÍO QUEDAMOS AISLADOS DOS DÍAS AGUARDANDO TIEMPO OPORTUNO Y DE UN PARÉNTESIS DE UNA CARTA ESCRITA AL GOBERNADOR POR MI PADRE.

Prosiguiendo nuestro camino nos fuimos acercando en un solo cuerpo al río Biobío, si bien al pasarle unos se adelantaron más que otros porque con ferocidad sus corrientes se venían aumentando a cada paso. El temporal con vientos desahorados y los aguaceros no nos daban tregua. Parecían haberse conjurado contra nosotros todos los elementos pues, en quince días que tardamos en llegar a las tierras de Maulicán, no gozamos del sol ni de sus rayos más de dos horas continuas.

Llegamos al abrochar la noche sus cortinas los últimos de la tropa al caudaloso río, diez indios y un soldado de mi compañía llamado Alonso Torres, que también iba cautivo. Pasamos el primer brazo a Dios misericordia, con gran peligro y riesgo de nuestras vidas. Cuando tuvimos que vadear el otro brazo que nos restaba no se atrevieron a esguazarle [cruzar] porque en aquel instante se advirtió que bajaba desde arriba con gran fuerza la avenida. Por ser este brazo más copioso en agua, más ancho y más rápida su corriente, se determinó quedarnos en aquella isla que tendría cuadra y media de ancho y dos de largo, con algunos matorrales y ramas para valernos de abrigo y alimento, aunque débil, para las bestias.

Así se hizo porque la noche ya había bajado sus cortinas, presumiendo que al día siguiente se cansaría el tiempo porfiado y nos daría lugar a pasar con menor riesgo y mayor comodidad. Mas fue tan continuado el temporal y abundado de penosas lluvias que cuando Dios hizo amanecer hallamos que el brazo del río venía creciendo con más fuerza y ferocidad. Por esta razón nos detuvimos aquel día entre ambos brazos del río, esperando al siguiente día poder proseguir. Y entretanto que aguardamos clima más oportuno, permítanme hacer un breve paréntesis que puede ser de importancia para la proposición aleccionadora de este libro.

En otro capítulo me referí a la imprudencia de las autoridades, a su escaso buen celo, como lo hizo el propio gobernador con mi padre en ocasión que le rogó que reforzase nuestro tercio. Él había verificado lo disminuida de nuestras fuerzas y la falta de soldados que había en las fronteras; pues bien, por no haber aceptado sus consejos aconteció nuestra ruina sangrienta.

Al instante que tuvo aviso de la derrota de nuestro tercio, el gobernador partió hacia San Felipe de Austria con refuerzos que pudo sacar de la ciudad de

Concepción. Allí encontró el ejército derrotado, con cien hombres menos, entre ellos tres capitanes vivos y otros oficiales de cuenta. Se afligió grandemente al conocer lo sucedido y para dar algún alivio y consuelo a mi amado padre por la pérdida de su único hijo que tenía para ayuda en sus trabajos, de su vejez y los achaques que le asistían, determinó escribirle la siguiente carta consolativa, reconociendo que por no haberle querido dar crédito ni seguir su parecer, habíamos experimentado tamaña pérdida.

Señor maestro de campo general Álvaro Núñez de Pineda. Aquí he llegado a este tercio de San Felipe de Austria con harto sentimiento y pesar mío por la desgracia y pérdida que en él he hallado de más de cien hombres y entre ellos el capitán don Francisco de Pineda, que no aparece, aunque se ha hecho especial diligencia de buscarle entre los muertos. Se presume que irá vivo y si lo va tenga usted por cierto que haré todas las diligencias posibles para que usted le vuelva a ver a sus ojos. La desgracia suya es la que más he llegado a sentir por lo que lo estimaba y quería. Y por el pesar tan justo que usted tendrá no hay sino que encomendarlo a Dios, que yo de mi parte no cesaré de hacer mis poderíos para saber si va vivo y poner todo mi esfuerzo por librarle antes que yo deje este gobierno. Tome usted esta palabra de mí, que no faltaré a ella, poniéndolo principalmente en las manos de nuestro Señor, el cual guarde a usted muchos años y le dé el consuelo que deseo.

A continuación, la carta de respuesta de mi padre.

Señor presidente: cuando puse a servir al rey, nuestro señor, a mi hijo Francisco en tiempos de tantos infortunios y trabajos, fue con esa pensión y yo no puedo tener más gloria que el haber muerto en servicio de Su Majestad, a quien de niñez he servido con todo amor y desvelo. No he llegado a sentir tanto su pérdida, por cuanto en la ocasión que a usted dije y supliqué que reparase ese tercio me respondió que era un consejo muy a lo viejo. Pues parece que las cosas no van sucediendo muy a lo mozo en la frontera. Guarde Dios a usted.

Esta resuelta y directa carta fue el instrumento de mi bien y origen principal de mi posterior rescate, porque atendiendo el gobernador a la sobrada razón de mi padre y que por no haber atendido su consejo le había sucedido tan considerable derrota, tuvo por bien aceptar sus quejas. No sé si en estos tiempos se pasará por alto una carta como la de mi padre porque sobran ya en los que gobiernan la soberbia o mejor dicho la tiranía y, en los que sirven, el temor.

En otros tiempos antiguos, adonde el valor y el esfuerzo tenían su lugar y asiento merecido, sucedió a mi padre un hecho que quiero comentar. Siendo capitán de caballos y hallándose solo con una compañía en un lugar apartado de donde se hallaba el gobernador, le salió al encuentro una poderosa junta de enemigos. Y habiendo divisado que se encaminaban hacia él de manera

resuelta, al instante despachó a una persona que diera aviso al gobernador de su delicada situación, solicitando enviase soldados de socorro, los más que pudiese. Y aunque el gobernador estuvo resuelto a hacerlo así, nunca faltan los mal intencionados sátrapas que al oído de los que gobiernan intentan envidiosos deslucir las acciones de quienes valerosamente sirven a Su Majestad. Así lo hicieron en esta ocasión y contradijeron su resolución, enviándole a decir a mi padre que procurase salir del peligro como pudiese.

Con esto mi padre se vio obligado a decir a los suyos lo que el gran capitán de Dios, Gedeón, dijo al dar batalla al ejército copioso de los Madianitas: señores soldados, amigos y compañeros, lo que me vieren hacer háganlo todos y consideremos en esta ocasión que no hay más hombres en el mundo que nosotros y que el favor divino es nuestro amparo y fuerte escudo contra estos bárbaros. Cien varones somos más de mil. A lo que respondieron todos que primero perderían mil vidas, si tantas tuviesen, que faltar a la obligación de soldados de tal caudillo y capitán.

Dispuso entonces mi padre a sus soldados con el mejor orden que pudo para embestir al enemigo que ya tenía su infantería dispuesta, marchando junto a su caballería, para encontrarse con la nuestra. Y llegando a juntarse los unos con los otros descargaron sobre los enemigos una famosa carga de arcabucería, con cuyos efectos murieron más de cien indios, y atropellando su infantería se abrieron camino por medio de ellos, disparando por turnos los arcabuceros y logrando acercarse poco a poco al cuartel. Tres soldados les mataron, aunque la mayoría de ellos llegó maltratado y herido, también mi padre quien entró al cuartel con la espada en la mano, bañado en sangre y colérico de haber visto que por la omisión del gobernador en enviarle socorro, se había perdido y frustrado la mejor ocasión, en mucho tiempo, para derrotar a los indios. Y estando aún montado a caballo llegó donde el gobernador, quien estaba con sus consejeros, y le dijo en voz alta que cómo gobernaba con gente tan cobarde pues le habían hecho perder la victoria más considerable de su gobierno. Le dijo también que todos sus consejeros eran unos gallinas y que la espada que traía en las manos les daría a entender que sabía usarla para salir de los peligros. Y volviendo las ancas a su caballo lo encaminó a su tienda, dejando a todos admirados de su temeraria, aunque justificada, actitud.

El gobernador respondió de manera prudente diciendo: para semejante precipitación es muy necesario el sufrimiento, porque los que sirven bien a Su Majestad tienen permiso tal vez para hablar con atrevimiento en presencia de sus superiores: el que bien sirve a su rey y señor puede hablar algunas verdades.

Ya que el miserable soldado que ha servido a Su Majestad veinte o treinta años, con hambre, desnudeces y varios otros infortunios no tiene más premio ni más galardón que lamentarse triste y dolerse desgraciado, déjenle siquiera manifestar su sentimiento y criticar decisiones mal encaminadas. No es mucho que les permitan declarar sus quejas y dar alivio y descanso a sus pasiones, más

aún cuando ese mismo soldado observa que otros que apenas pusieron los pies en la tierra logran llevarse encomiendas y los mejores oficios porque tuvieron los amigos y el dinero con que solicitarlos.

Estos son los hombres que deben estimar los superiores que gobiernan, aquellos que les dicen sus verdades y no a los aduladores insolentes. Tal como hizo nuestro gobernador, que supo valorar las palabras de mi padre, su valeroso capitán y maestro de campo. Y aquí acabo el paréntesis para continuar con lo que sigue, nuestra estadía en la isla y los peligros en que quedamos.

Capítulo 5

EN QUE SE PROSIGUE LA SALIDA DE LA ISLA EN QUE QUEDAMOS Y LOS PELIGROS EN QUE NOS VIMOS VADEANDO EL RÍO BIOBÍO.

Habiéndonos amanecido en la referida isla con las penalidades y trabajos que pueden imaginarse, cansados de una noche oscura y tenebrosa, acompañada con copiosas aguas despedidas del cielo con violencia, de furiosos vientos mezclados con relámpagos, rayos, truenos y granizos, siendo tan formidable a los mortales, me trajeron a la memoria sus efectos, los que Ovidio y Virgilio describieron de otros temporales semejantes: rasgado está el firmamento.

Presumiendo que nos daría lugar el tiempo a vadear lo restante que nos quedaba de río, sucedió para nuestro pesar todo lo contrario, porque con lo mucho que había llovido sin cesar del día anterior y la noche, aumentó la corriente de tal suerte que nos vimos obligados a abandonar la isla con toda prisa. Debíamos salir aquel día de los riesgos y peligros que nos amenazaban pues las aguas, con paso apresurado, se iban apoderando del sitio donde estábamos.

Se decidió entonces desandar lo andado y volver hacia nuestras tierras, vadeando el primer brazo del río con harto peligro y temor de encontrar algunos de nuestros soldados, juzgando posible nuestros captores que hubiera salido en su persecución y rastro alguna cuadrilla española. Esta decisión se tomó porque lo restante del río era más caudaloso, más ancho y de más precipitada corriente. También porque habiendo intentado cruzar a nado, echaron por delante a un guerrero que se hallaba con el mejor caballo que su tropa tenía y a pocos pasos que entró lo arrebató la corriente. Y aunque fue nadando gran trecho sin soltar el caballo, este se le ahogó en medio del río, saliendo el jinete en la otra parte por gran dicha porque en el agua parecía un pez. Con esta prueba y suceso resolvieron en acuerdo retroceder en vez de avanzar.

Mi amo Maulicán me ordenó entonces que me desnudase y pusiese más ligero por si cayese en el río. Le respondí que lo propio era caer desnudo que vestido porque de ninguna suerte sabía nadar ni sustentarme en el agua, ni poco ni mucho. Me respondió que le obedeciera porque ante cualquier riesgo me hallaría con menos estorbo y más ligero en el agua. Lo hice quedando solo con la camisa y de esa forma me puse a caballo de un valiente rocín maloquero que para más seguridad me lo ensilló diciéndome: subid en él y no hagáis más que sujetar la silla fuertemente o de la tusa del caballo, que él os sacara afuera del agua.

Maulicán subió en otro rocinejo flaco, en cuyas ancas puso mis armas y las suyas, el vestido, y cabalgamos todos en demanda del paso, los diez indios que quedaron, el soldado Alonso Torres y yo. Nos arrojamos por el lado más

angosto con pocas esperanzas de salir bien de las corrientes rápidas del río y yo la verdad sin ninguna, pues al entrar en ellas nos empujaron con tal velocidad que en muy breve tiempo desaparecimos los unos de los otros. Mi ánimo y espíritu estaban tan turbados que no supe si estaba en el agua, en el cielo o en la tierra, solo cuidé de aferrarme a la silla o al caballo lo mejor que pude y de encomendarme a nuestro Dios y Señor. Y repitiendo el dulce himno de la Virgen Santísima del Populo, a quien desde niño he tenido por devota, repetía su dulce himno de *Ave Maris Stella*. Lo hacía con suspiros y sollozos y lágrimas, pidiendo perdón de mis culpas al Señor.

En medio de estas tribulaciones y congojas me vi tres o cuatro veces fuera de la silla y sin la protección del caballo, levantando las manos al cielo, y cuando menos pensaba volvía a estar montado y apoderado del fuste. La fuerza de la corriente eran tan veloz y precipitada que no puedo explicar la suerte que tuve de cruzar rápido a la otra banda del río cuando a los demás que se echaron al agua con nosotros se los llevó más de tres cuerdas abajo. Junto a mí salió el otro soldado y compañero, y otro indio que se halló en otro caballo muy fuerte y alentado.

Cuando me vi fuera de aquel peligro de mi vida, que aun en la sangrienta batalla nunca tuve tanto recelo ni temor a la muerte, no cesaba de dar gracias infinitas a nuestro Dios y Señor por haberme sacado sano y salvo de tan rápido y feroz elemento, el mismo donde dos indios, hijos naturales de estas aguas, se ahogaron y los demás salieron por una parte sus caballos y ellos por otra. Cuando el soldado cautivo advirtió que los indios estaban de nosotros a más de tres cuerdas río abajo, me dijo muy determinado:

—Señor capitán, esta es una buena ocasión para escapar puesto que estos enemigos no pueden salir tan presto del peligro y riesgo en que se hallan, y en el intertanto podemos ganar tierra.

Su plan me pareció de primera acertado, pero luego ya no. Las razones eran haber salido del agua tan helado y frío que no podía ser dueño de mis acciones, ni de mover los pies ni las manos para cosa alguna por haberme arrojado al río solo con la camisa. Era demasiado además el rocío helado que del cielo nos caía. Lo otro es que consideré que el indio que salió juntamente con nosotros estaba en la mira y alerta, con su lanza en la mano, que a cualquier movimiento que quisiéramos hacer para nuestras tierras habría de seguirnos y dándonos alcance peligrarían nuestras vidas. Y habiéndole dicho a mi compañero estas razones se mostró tan decidido que me respondió que él se acercaría a él poco a poco, le quitaría la lanza y el caballo, dejándolo muerto.

Y pareciéndome difícil lo que proponía no permití pusiese su plan en ejecución porque el indio, aunque no entendía lo que hablábamos, nos miraba con gran cuidado porque nos vio razonando en secreto. Yo le consolé diciendo:

—Amigo y compañero, no faltará ocasión más segura en que nos podamos ver libres de estas penalidades pues Dios, nuestro Señor, ha podido librarnos de tantos riesgos en la vida. Ha de permitir entonces por su gran

misericordia que con mayor seguridad nos veamos pronto en descanso entre los nuestros.

Estando en esas pláticas, en que pasó un cuarto de hora, vimos venir hacia nosotros un indio que había salido a nado como los demás, sin su caballo por habérsele ahogado. Preguntamos a él por nuestros amos, si acaso los había visto fuera del río, y nos respondió que mi amo pudo haberse ahogado porque vio ir dos indios muertos corriente abajo. Me vino una gran preocupación al oír tal noticia, considerando pudiera haber algunas diferencias entre los demás indios por quién sería el dueño de mi persona y entre esas controversias perder la vida, que era lo más factible, para que no quedasen agraviados los unos ni los otros.

Con esta preocupación fuimos río abajo en demanda de nuestros amos, encontrando un indio que nos dijo que iban saliendo algunos y que mi amo había quedado en una pequeña isla, donde estaba disponiendo su caballo para arrojarlo a nado tras él. Fuimos caminando y a poco trecho le divisamos en la isla con otros compañeros. Y habiendo echado sus caballos por delante se arrojaron tras ellos. Luego que conocí el de mi amo, sacando fuerzas de flaqueza le fui a coger y mi compañero hizo lo propio con el de su amo. Cuando él me vio con su caballo me empezó a abrazar y a decir muy emocionado:

—Capitán, yo juzgué que te habías vuelto a tu tierra, pero me ha vuelto el alma al cuerpo, vuelve otra vez a abrazarme y ten por infalible y cierto que con esta acción me has cautivado de tal suerte que primero me has de ver morir a mí que permitir que padezcas algún daño. Y te doy mi palabra de que has de volver a tu tierra, a ver a tu padre y a los tuyos con mucho gusto.

Gran consuelo recibí de mi dueño, mostrándome agradecido a sus promesas diciéndole:

—Qué bien muestra tu valor y tu generoso pecho la noble sangre que encierra, pues ostentas piedades con clemencia en mis desdichas, que ya no las tengo por tales cuando me ha cabido por suerte el ir bajo tu dominio y mando.

Tras cruzar días más tarde y por buen vado el río Biobío, hallamos alojamiento junto a tropas donde mi amo tenía amigos y parientes. De ellos supo que otros *lonkos* y guerreros se estaban convocando para ir a nuestro encuentro, resueltos a llamar a mi amo Maulicán a un parlamento o junta de guerra. Buscaban ellos comprarme para quitarme la vida luego que pisáramos sus tierras. Se decía que con mi cabeza harían un gran llamamiento para volver a nuestras fronteras con un gran ejército a destruirlas y acabarlas. No eran solo rumores: al siguiente día pusieron en ejecución su plan con una ceremonia a su usanza, notable, pero de gran horror y espanto para mí.

Acabaré este capítulo dejando a consideración de mis lectores lo que fue aquella noche para este triste y desdichado cautivo. Por una parte, luchando contra la lluvia y el viento, y por otra, atribulado con la esperada muerte que ansiosamente solicitaban mis enemigos.

Capítulo 6

EN QUE SE REFIERE AL CABILDO DE LOS LONKOS QUE INTENTARON COMPRARME LLEVANDO EN MI LUGAR A UN POBRE SOLDADO Y DE LA FORMA EN QUE PUDO MI AMO LIBRARME DE LA MUERTE.

Después de haber amanecido con mejor semblante del que nos había mostrado el cielo en nuestro viaje, dispusimos nuestra marcha. No duró mucho mi alivio. Pronto mis cortas esperanzas aminoraron y crecieron mis males y tormentos con la presencia y vista de tantos guerreros hambrientos de nuestras vidas.

Grande fue el susto y pesar que padecí cuando vi venir una procesión tumultuosa en demanda de nuestro alojamiento, todos con sus armas en las manos y también un pobre soldado mozo, también cautivo, con las manos atadas y atado de una sogá al cuello. De esta forma llegaron al ranchuelo que habíamos y aunque mi amo se excusó de salir conociendo la intención de los que venían, varios mensajeros de los *caciques* principales fueron enviados a llamarle.

Como en las juntas o parlamentos no se puede excusar ningún jefe, que son a modo de consejos de guerra, le fue forzoso a Maulicán acudir al llamamiento y llevarme a su lado. Con harto dolor de mi alma fui en su compañía, encomendándola a Dios. Seguimos entonces a los dos caciques mensajeros y llegamos al lugar donde nos aguardaban los demás jefes y guerreros. Todos se fueron ordenando según los usos y costumbres de sus tierras, quedando jefes principales y capitanes de valor primero. En medio pusieron al soldado que tenían prisionero y uno de los guerreros cogió una lanza en cuyo extremo tenía tres cuchillos, a modo de tridente. Otro tenía una *toquicura*, insignia de piedra a modo de un hacha que usan los jefes principales, a quienes llaman *toqui*. Esta insignia sirve en los parlamentos para matar españoles, teniéndola quien por derecho capturó al prisionero. Es también quien primero toma la palabra y propone a la junta lo que le parezca conveniente.

Si este toqui orador es muy viejo o poco retórico se lo suele sustituir por otro más capaz, que ser un buen orador es cualidad principal entre estos bárbaros. Cogió en este caso el hacha el valiente Futapichún, jefe de gran valía en la guerra y de veloz lenguaje y discurso. Se acercó entonces donde aquel pobrecito soldado y desatándole las manos le mandó coger un palillo por cada capitán valiente y de renombre había en nuestro ejército. Y como el desdichado mozo era novel en la guerra, no tenía gran conocimiento de los capitanes que en aquel tiempo eran célebres entre nuestros enemigos.

—¿Pues no conocéis a Álvaro? —le interrogó Futapichún.

—Sí, lo conozco —respondió el desdichado.

—Cortad entonces un palito y tenedlo en una mano —le dijo—. ¿Al apo (gobernador) no lo conocéis? —volvió a preguntar el toqui.

—Muy bien, sí lo conozco —dijo.

—Cortad entonces otro palito —le respondió Futapichún.

El soldado fue nombrando hasta diez o doce de los capitanes y soldados españoles más conocidos, cortando misma cantidad de palitos.

—Tened en la memoria a todos los que ya habéis nombrado y haced un hoyo para enterrar a todos esos valientes —le ordenó el toqui. Y así lo hizo el soldado.

Acabada esta parte de la ceremonia tres capitanejos fueron a sacar un cuchillo de aquel tridente. Cada uno representaba un *futalmapu* [gran territorio], que son las parcialidades de que se compone toda la tierra que habitan los bárbaros desde la costa hasta la cordillera y que se conectan por tres caminos que llaman *rupus*. Una parcialidad es de la costa, otra de la cordillera y una tercera de en medio, de los valles. Cada una de ellas tiene su distrito y su jurisdicción. Sacaron los cuchillos en orden y los entregaron al toqui. Fue entonces cuando Futapichún dio inicio, con gran arrogancia y energía, a su parlamento, saludando en su lengua primero a los más antiguos y a quienes tienen entre ellos mayor estima y aplauso, diciéndoles en voz alta “¿No es verdad esto?”, a lo que el aludido respondía *feley* que es como así es, es verdad o tenéis razón. De esta forma fue hablando con todos y concluyó su plática diciendo a mi amo Maulicán lo que sigue:

Este koyang o junta de guerra que hemos dispuesto los caciques Antuwenu, Lincopichún y Nailicán (y los demás que fue nombrando) no se ha encaminado a otra cosa que a venir mancomunados a comprarte ese capitán español que llevas. No imagines que lo queremos sin que tengas el premio de tu trabajo. El capitán Antuwenu ofrece dos caballos de los buenos, una oveja de la tierra [chilliwéke, llama] y un collar de piedras ricas (que ellos tienen por preciosas como nosotros los diamantes). Lincopichún te ofrece dos ovejas de la tierra y un caballo bueno ensillado con una silla labrada que fue de los españoles y Nailicán te ofrece un español de los cautivos que llevamos. Namuncura, dos collares y dos ovejas de la tierra (estas son de gran estimación entre ellos porque se asemejan a los camellos y sirven para carga en los parlamentos, y a falta de algún español a quien quitar la vida en ellos, matan en su lugar una de estas ovejas). Yo, Futapichún, te ofrezco una hija y mi voluntad con ella y entre todos los demás te ofrecen cien ovejas de Castilla. Maulicán, con todas estas pagas se pueden comprar entre nosotros más de diez españoles y quedar con algún remanente. Nuestro intento no es otro que engrandecer nuestros nombres y las insignias de nuestra amada patria con la sangre de valerosos españoles. La fortuna nos ha sido favorable, Maulicán, pues en dos entradas que hemos hecho han quedado muertos y cautivos más de ciento cincuenta españoles, quemado más de treinta estancias y cautivado y muerto en ellas un número de más de trescientas almas, y traído más de dos mil caballos. Para seguir nuestra feliz suerte es

necesario hacer un gran llamamiento a la guerra con la cabeza de este capitán, que es hijo de Álvaro y cuyo nombre es conocido en toda la redondez de nuestro territorio y cuya dicha y fortuna han sido en perjuicio nuestro. Este capitán es el que necesitamos para alentar y mover a los más retirados y para que no se excusen de acudir a nuestros llamados. Y para que este koyang que hemos hecho sea con la solemnidad acostumbrada, tenemos este winka (que quiere decir español) para sacrificar a nuestro pillán. Y tú has de ser el dueño de esta acción militar como valeroso capitán y caudillo.

Acabadas de decir estas razones, los tres cuchillos que tenía en la mano los clavó en triángulo a la redonda del hoyo que había hecho aquel desdichado soldado, quien estaba sentado al lado con los palillos que le habían hecho cortar en la mano.

Salíó entonces mi amo y ocupó el puesto de Futapichún, más por obligación que por su propia voluntad. Entonces el toqui entregó a mi amo una porra de madera pesada sembrada de clavos de herrar y el cuchillo que había puesto en medio de los dos, que representaba la parcialidad de Maulicán y los suyos. Los otros dos cuchillos fueron cogidos por uno de cada parcialidad, tanto de la cordillera como de la costa. Con ellos y sus lanzas arboladas se pusieron al lado de Maulicán, quien se fue acercando donde tenían sentado al pobre soldado, despidiendo de sus ojos más lágrimas que las que en los míos, sin poder detenerse, se manifestaban.

Cada vez que mi amo volvía el rostro a mirarme, me atravesaba el alma porque hay algunos que aun en la guerra se duelen y lastiman de los miserables que tienen mala fortuna. Así lo manifestaba Maulicán, mi amo, por el sacrificio que le obligaban a hacer. Se allegó entonces al desdichado soldado y le preguntó cuántos palillos tenía en la mano. Los contó y respondió que doce. Entonces mi amo le hizo sacar uno y preguntó que quién era ese primer español valiente. La turbación de la muerte que aguardaba hizo que el desdichado no pudiera recordar.

—Acaba ya de hablar, soldadillo —le espetó Futapichún.

—Este es el gobernador —respondió turbado el miserable.

—No, este es Álvaro, que aquí solamente los valientes conocidos se nombran primero —replicó Futapichún, ordenándole que lo echara al hoyo.

El soldado dejó caer el palillo al hoyo y le ordenaron sacar otro, señalar de quién se trataba y así hasta completar los doce. Ordenaron entonces que echara tierra sobre ellos. Los fue cubriendo el soldado con la misma tierra que había sacado y estando ocupado en eso Maulicán le dio un gran golpe mortal en la cabeza con la porra claveteada. Al instante, los acompañantes que estaban con los cuchillos le abrieron el pecho y sacaron el corazón palpitando y se lo entregaron a mi amo, quien después de haberle chupado la sangre, con humo de tabaco que le trajeron, lo fue como incensando. Pasó luego el corazón de mano en mano y todos fueron haciendo la misma ceremonia, mientras cuatro o

seis de ellos con sus lanzas corrían a la redonda del pobre difunto, dando gritos [*afafan*, vítores] y haciendo los demás con sus pies temblar la tierra.

Acabado el bárbaro rito volvió el corazón a manos de mi amo y haciendo él pequeños pedazos entre todos se lo comieron. Con esto se volvieron a poner en sus lugares y pidieron los jefes a Maulicán que respondiese o hablase lo que tenía que decir en razón de mi compra o venta, pues reconocía lo que importaba mi cabeza para la quietud y sosiego de sus tierras. Pidió entonces el astuto guerrero que todos se sentasen en sus sitios para dar su palabra y respuesta. Así lo hicieron todos y una vez quedó solo en pie en medio de la junta, con la porra y el cuchillo de su parcialidad aún en sus manos, razonó en su lengua de la forma que os relataré:

Ya sabéis, amigos y compañeros, que hace ya muchos años os acompaño y sigo, sin haber faltado a ningún llamamiento y junta de guerra y en algunas ocasiones he salido malherido y maltratado sin haber tenido la dicha de llevar a mi tierra, a ojos de mi padre (que es toquí principal de Repocura), una pequeña alhaja de los españoles. Y al cabo de tantas entradas y salidas en que me he hallado con vosotros, ha querido mi fortuna o mi suerte que me haya tocado llevar a este capitán que me pedís. Vuestra demanda es muy justa y vuestra intención muy conforme al bien de nuestra amada patria, y claro está que yo no he de faltar a lo que es encaminado a su mayor provecho y conveniencia. Y si el quitarle la vida lo es, siempre lo tendré dispuesto para su ejecución en mi territorio adonde vosotros tengan el gusto. Mas no será razón que estando tan cerca de mi padre y de los demás caciques de mi tierra y comarcas, me vaya yo sin él. Dejad que le lleve a la vista de los de mi casa, de los demás toquis y caciques principales para que reconozcan y vean que soy persona de todo valor y esfuerzo, acreditando con él en esta ocasión lo que en otras escaseó la fortuna; que dentro de breves días de mi llegada os lo enviaré o lo llevaré en persona para que donde tuviesen gusto dispongáis el parlamento para la ejecución de vuestros deseos y los míos.

Ante estas razones expuestas por el astuto y magnánimo Maulicán se levantó Antuwenu, cacique de los más principales de la junta, y dijo con arrogancia y energía que mi amo tenía mucha razón, que no sería justo ni bien mirado que se fuese a su tierra sin el despojo adquirido por sus puños, que ello ni sus padres ni los demás caciques de su distrito lo tendrían a bien. Agregó Antuwenu que ello podría disgustar a esos otros toquis de manera que podrían faltar a futuras juntas de guerra, no sumándose como lo habían hecho hasta aquí.

—Ha hablado muy bien Maulicán y todos debemos apoyar su causa —sentenció Antuwenu.

De inmediato, todos se levantaron y respaldaron sus palabras y acordaron que en plazo de quince días enviarían las pagas ofrecidas, sin que faltase alguna, para que en su retorno me remitiese a sus tierras. Allí se habría de hacer un nuevo koyang o parlamento con toda solemnidad para ellos y dramatismo

para mí. Tras ello todos se despidieron muy contentos y nosotros quedamos en nuestro alojamiento que consistía en pequeñas chozas, entretenidos buscando leña seca para una noche de hielos y fríos como nos prometía el tiempo. Yo me hallaba sin embargo sudando las congojas y aflicciones que me oprimían el alma tras el lastimoso fin de mi compañero y por la sentencia de muerte que en mi presencia los guerreros promulgaron.

En la tarea de encontrar leña sucedió lo que a continuación relato. Salí por allí cerca mi amo, otro guerrero y yo, y en un descuido me entré en un bosquecillo de coligües, que nosotros llamamos caña brava, y como llevaba el corazón tan oprimido por los pasados lances y sucesos, los infortunios y desdichas, me hincé de rodillas en lo más oculto de sus ramas y levanté los ojos al cielo, desaguando por ellos el caudaloso mar que anegaba mis sentidos, ofreciendo a su divina Majestad mis aflicciones. Y estando en ello llegó Maulicán, quien cuidaba de mis pasos.

—¿Qué haces aquí, capitán, metido en este bosque? —me preguntó con semblante alegre y cariñoso.

—Aquí me habéis hallado encomendado a Dios, aguardando mi fin posterior y muerte segura, pues con tanto rigor me has prometido entregar a estos caciques, mis enemigos, no acordándote de la promesa y palabra que me diste, cuando pude con poco esfuerzo haberte dejado y liberado mi vida de estos peligros —respondí levantándome del suelo y con mis ojos bañados en lágrimas.

Le hablé con tan lastimoso llanto que se enterneció de manera que echándome los brazos sobre el cuello se le cayeron las lágrimas, sin poderlas detener en los ojos.

—Entendiste todo lo que se dijo en el parlamento, ¿acaso hablas la lengua de nuestra tierra? —me preguntó sorprendido y lastimado de verme tan triste.

—Conozco vuestra lengua y mucho me hubiera gustado practicarla por más tiempo —le dije.

—Capitán, que no te dé temor la promesa que he dado a estos caciques feroces, que ellos habían venido resueltos a matarte con o sin mi permiso si yo no respondía a su propuesta algo que les pareciese conforme. Déjame poner los pies en mi tierra que allá soy cacique principal y tengo muchos parientes, amigos y guerreros. Ten por seguro que no he de faltar a la palabra que te he dado, pues primero me has de ver morir a mí que dejar de cumplir lo prometido. Por haberme visto solo y sin guerreros prometí lo que no he de hacer. No te desconsueles por tu vida que me da mucha pena el verte lastimado y afligido porque con tu fidelidad te has ganado mi afecto y corazón —me dijo el noble Maulicán, volviéndome a abrazar con amor y ternura.

Sus razones me obligaron a echarme tendido a sus pies y con el agradecimiento debido decirle un romance que en su propia lengua escuchó. Gran dicha fue la mía tener por suerte el ir sujeto a un hombre noble y cacique prin-

cipal, pues lo demostró en esta ocasión y en otras, ostentando con su piedad lo ilustre de su sangre y la magnanimidad de su generoso pecho. ¡Qué pocos o ninguno son los que hay entre nosotros españoles que se compadezcan de esta nación humilde y desdichada, y de la esclavitud injusta que algunos de ellos padecen! Aun bajo convenios y tratados de paces se los ha capturado no una sino muchas veces y en algunas ocasiones han acontecido entradas ocultas a reducciones de indios pacíficos y se han hurtado sus hijos e hijas para luego enviarlos fuera del reino vendidos por esclavos. ¿No son causa suficiente para que Chile tenga dilatada guerra? ¿Alguien duda o podría negar que es imposible que Chile conserve la paz de esta forma?

Tarde ya nos retiramos a nuestros alojamientos con las cargas de leña, al tiempo que caía la noche y aumentaba el frío. A las puertas de la choza hicimos una buena fogata para nuestro abrigo y para asar algunos pedazos de carne de caballo. Con el calor del fuego y una buena conversación comimos lo que cada uno pudo. Después nos echamos a dormir con gusto y consuelo por las palabras de mi amo y por el cariño que me mostraba.

Aquella noche por fin pude descansar hallando un desquite al tormento que había padecido los días anteriores.

Capítulo 7

EN QUE PROSIGUE NUESTRO VIAJE Y DE CÓMO NUESTROS COMPAÑEROS, POR ESTAR CERCA DE SUS CASAS, CONVIDARON A MI AMO A QUE LOS VISITARA TRES O CUATRO DÍAS.

Después que Dios, nuestro Señor, se sirvió de echar su luz, aunque turbada y con algunas amenazas de mal tiempo, el río se nos mostraba más apacible, si bien peligroso por ser rápido y de grandes piedras. Se determinó cruzar ante las muestras que daba el cielo de continuar sus húmedos rocíos. Dejamos que cruzaran delante quienes nos acompañaban y quedamos atrás mi amo y yo, el soldado Torres, su amo, otro hermano suyo, gran guerrero y amigo de españoles, y otros tres guerreros que tenían sus ranchos en esta parcialidad de la cordillera.

Pasamos aquel raudal sin riesgo y con muy buen paso aquel día nos pusimos cerca del río Cautín, que así llaman para arriba al que pasa por La Imperial, habiendo cruzado todos los otros esteros o afluentes que en el rigor del invierno son más tratables por la cordillera, cerca de su nacimiento. Aquella noche alojamos a la orilla de un estero que estaba cerca de unos ranchos, aunque no se veían desde donde acampamos.

Debió ser así porque encontramos algunas tropillas de vacas muy domésticas y mansas con sus crías. Las arrearon fácilmente y en el acto cogieron dos terneras que llevamos a nuestro alojamiento y con gran gusto cenamos aquella noche. En un copioso fuego secamos también nuestras ropas porque volvieron las preñadas nubes a descargar sobre nosotros sus penosas aguas. Y habiendo dispuesto nuestras chozas dimos luego al ansiado descanso nuestros fatigados cuerpos.

Apenas se ausentaron las tinieblas recogimos los caballos.

Con el día, el agua se descolgaba con más fuerza y para que el río de La Imperial no nos impidiese el paso al aumentar con las lluvias sus corrientes, nos apresuramos en dar rienda a los caballos que en breves horas nos pusieron en sus pedregosas orillas. Allí nuestros compañeros rogaron a mi amo que pasase con ellos a sus *rukas*, que es como llaman a sus viviendas, a descansar y holgarse tres o cuatro días pues se hallaban muy cerca de sus humos.

Habiendo aceptado la invitación que le hacían porque de allí a su tierra había otros dos días de camino y los caballos se hallaban fatigados, sin dilación alguna nos dispusimos a cruzar el río. Y cogiendo un galope apresurado dentro de breve tiempo nos pusimos en el rancho de mi amigo Colpuche (que así se llamaba el hermano del otro indio, amo del soldado Torres), cuyo alojamiento y ruca estaban vecinas con otras seis o siete de sus parientes y

amigos. En un cuarto de legua más o menos pude observar que había muchos otros comarcanos.

Con la llegada de los guerreros y la noticia que tuvieron de la mía con el nombre de hijo de Álvaro, se juntaron aquella noche más de cien indios a visitar a los recién llegados y todos traían sus aportes de chicha, terneros, carneros, aves y perdices. En el rancho de Colpuche, que era el mayor y más desocupado para efectos de holgarse y entretenerse en comer, beber y bailar, nos alojamos arrimados a un fogón de tres copiosos que había en aquella gran ruca. Nos pareció muy bien el abrigo por haber llegado bastante mojados y habiendo entregado los caballos a quien ordenó el dueño de casa que los guardase, nos arrimamos al fuego mi amo y yo con otros viejos caciques que nos vinieron a recibir.

Al punto nos trajeron unos cántaros de chicha y mataron una oveja de la tierra [*chilliweke*, llama] a nuestro recibimiento, que es acción ostentativa y de grande honor entre ellos. A mí me trajeron juntamente tres cántaros de chicha y un trozo de carnero, haciéndome la misma honra y cortesía que hacen a los principales huéspedes y caciques de importancia como lo hicieron con mi amo. Esta es la honra que acostumbran a hacerse los unos a los otros: quien recibe reparte luego los cantaros a las otras personas que se hallan presentes de mayor estimación para que vayan brindando. Y a imitación de los otros, fui haciendo lo que los demás hacían: unos me brindaban a mí y yo brindaba a los otros.

Estando en este alegre entretenimiento fueron poniéndonos delante para que cenásemos algunos guisados a su usanza con tortillas, platos de papas, envoltorios de maíz [*humitas*] y porotos. Y al fogón trajeron muchos asadores de carne gorda y aquello me pareció lo más delicioso porque un muchacho iba dando vueltas con los asadores recién salidos del fuego, vertiendo el jugo por todas partes y los iba poniendo frente a cada uno para que con un cuchillo cortásemos por nuestra mano lo que nos pareciese mejor asado. Luego los volvían a poner al fuego y lo propio hacían con los demás asadores de cerdos, gallinas, perdices y longanizas. De esta suerte comimos y bebimos todos muy a gusto, desquitándonos del ayuno que padecimos en el trabajoso viaje.

Rápido se fueron alegrando los espíritus con el ir y venir de diferentes licores. En otro fogón del rancho, uno de los músicos más diestros cogió un tamboril templado [*kultrun*] y dando principio al canto muchos otros siguieron la tonada. Al poco tiempo, al son del instrumento y de las voces, dando saltos bailaban a su usanza las indias y muchachas que allí estaban. Alborotados ya con el ruido, a nuestro fogón se fueron encaminando a convidar a los viejos que nos acompañaban. Primero llevaron a mi amo a la rueda del baile y luego a mí me llevó el dueño de casa, Colpuche, quien ya dije era amigo de españoles y quien me hacía grandes cortesías. Así llegamos a la rueda donde estaban bailando el resto de los indios y las indias.

—Este es el hijo de Álvaro, muy niño es todavía —se decían los unos a los otros, así indios como muchachos y muchachas, que curiosos no quitaban sus ojos de los míos.

Y así llegaban a saludarme con afecto y agasajo diciéndome que bailara también con ellas, cosa que no pude hacer de ninguna manera, porque, aunque me mostraban buena voluntad y agrado, tenía muy frescas las memorias de mi desdichada suerte y no quería ser inoportuno. A mi compañero también cautivo le pidió su amo que se armase y bailase con su mosquete a cuestras y que de cuando en cuando saliese a la puerta a disparar.

De esta suerte estuvieron toda la noche comiendo, bebiendo y bailando. Yo pedí licencia al dueño de casa para recogerme a un rincón a descansar y dar al sueño los sentidos. Me la concedió y se fue en persona conmigo y me hizo la cama con unos pellejos limpios y peinados, cocidos unos con otros, que usan los principales caciques como los colchones nosotros. Y en lugar de sábanas echan unas mantas blancas y encima una frazada y sobrecama. Dispuesta ya en la forma referida me dijo Colpuche:

—Bien puedes descansar y dormir a tu gusto aquí. Y si quieres levantarte a ver bailar y calentarte al fuego, podrás ir donde yo estoy que toda la noche nos hemos de pasar en nuestros entretenimientos —me dijo afectuoso.

Grande debió ser mi cara de alivio y agradecimiento que de inmediato agregó:

—Y no estés triste, que presto has de volver a ver a tu padre y gozar de tu libertad en tu tierra. Yo le he dicho a Maulicán que no te deje de la mano y que mire por ti con todo desvelo porque estos caciques de mi parcialidad han de hacer grandes diligencias por matarte. Y aunque yo no puedo ir en contra de lo que propusieron, lo que podré hacer por ti será dar avisos a tu amo de todo, para que pueda esconderte y guardarte.

Colpuche hacía honor a la nobleza de su nación.

Él se inclinaba naturalmente a los tratos con los españoles, había conocido a mi padre cuando este gobernaba la frontera en el fuerte y reducción de Cayugano [isla de la Laja, cercanías de la actual San Carlos de Purén], y reconocía en él a un español de buen corazón y trato con las gentes de su parcialidad.

—Tu padre Álvaro con todo desvelo solicitaba saber si nos hacían algunos daños, molestias o agravios, y con severidad castigaba a los cabos y oficiales que nos asistían cuando aun en cosas muy leves éramos molestados —me dijo.

Le di las gracias con sumisas y amorosas razones y habiéndole visto tan agradable y jovial le pregunté por qué causa, mostrando tanta buena voluntad hacia los españoles, se había vuelto *auca* [rebelde, alzado] contra nosotros.

—Te diré que si todos los que nos gobiernan fuesen de la calidad y agrado de tu padre no nos hubieran obligado a la guerra, pero al ser enviado a Tucapel en su ausencia quedaron otros gobernadores que no tenían aquel desvelo y

cuidado. Los capitanes y tenientes que nos asistían, debiendo ayudarnos, eran los primeros que nos esclavizaban, vendían y maltrataban. Por ello una noche decidimos salir con nuestras armas en las manos, llevando por delante nuestra chusma y familia, y nos pasamos al sur del río Biobío para sumarnos a las juntas de guerra. Esta fue la causa, capitán y amigo, de mi mudanza de amigo vuestro a enemigo declarado. Mirad ahora si tuve razón o no —sentenció.

En toda esta conversación estuvimos muy cómodos porque en el transcurso de ella nos trajeron de refresco unos pollos muy bien aderezados con pepas de zapallo, ají y otros compuestos, con un plato de sabrosas papas y un cántaro de chicha de frutilla que es de las más cordiales que ellos beben. Y nos fuimos brindando con mucho gusto y volvimos a cenar aquel bocado después de haberlo hecho antes con el resto.

Muy atento estuve a todo lo que me refirió mi amigo, a quien respondí que no tenía qué decirle cuando su acción había sido muy justificada, porque tales excesos y maldades eran insufribles e intolerables, y que solo habérselas oído me tenían admirado. En ese momento llegó Maulicán, quien con los demás había estado bailando y por haber bebido varios licores y chichas traía la cabeza algo pesada. Le brindé con la chicha de frutilla que me había quedado en el cántaro.

—Vamos a bailar un rato, capitán, luego ya te vendrás a dormir y descansar —se levantó diciendo Colpuche.

—¡Vamos, hijito! —respondió mi amo, con notable amor y cariño. Y cogiéndome del brazo, medio cayéndose, me levantó.

Yo les obedecí por darles gusto, aunque a costa del sueño venía rendido. Llegamos al baile donde me brindaron con una chicha de manzana tan fuerte que pasé luego el jarro a otro. Dentro de breve rato, habiendo dejado a mi amo entretenido en medio del alegre y jovial baile, le dije a mi amigo que no podía tenerme ya en los pies y que me diera licencia para ir a descansar.

—¡Vamos, capitán!, que quiero yo llevarte a mi hijo para que te acompañe para que nadie llegue a molestarte —me dijo con grande voluntad y agrado.

Su hijo era un muchacho de hasta doce o trece años, a quien llamó al lugar. El propio Colpuche nos cubrió con una frazada y se fue a su baile. Quedamos solos con el muchacho, que era muy agradable y jovial. Le pregunté cómo se llamaba y me respondió que Neculantü y él me preguntó otras cosas a las que respondí brevemente. Luego le dije que descansásemos porque me hallaba con la cabeza cargada y me pidió licencia para volver al baile, diciendo que luego volvería porque aún no le había venido a molestar el sueño. Con esto me dejó solo y, aunque medio dormido, no podía quitar de mi mente la razones que en buena conversación me dijo aquel bárbaro, las que meditaré en el capítulo siguiente.

Capítulo 8

EN QUE SE MEDITAN LAS RAZONES DEL BÁRBARO, SE DAN A ENTENDER LAS INJUSTICIAS Y AGRAVIOS QUE SE HACEN EN CHILE CONTRA ELLOS, Y SE RELATAN LOS AGASAJOS EN ESA COMARCA.

Gran desvelo me causó las razones de aquel indio, mi amigo, aunque ayudaban a ello los gritos y voces que había en la ruca, porque como se hallaban ya calientes algunos y otros privados de sus juicios, cantaban algunos con desmedidas voces, otros lloraban y reñían, y los más riéndose bailaban.

Pero en medio de estos alborotos no podía echar de mi memoria las palabras de aquel gentil valiente y como mi experiencia era limitada por ser un muchacho en aquel tiempo, sin mayor conocimiento de lo que en las reducciones de estos indios se acostumbraba, admirado estuve toda la noche considerando los agravios que estos naturales padecían. Y de los mismos que habían de ser sus defensores y en quienes habían de tener refugio, abrigo y amparo. No puede haber mayor tormento ni fortuna más desesperada que hallar el dolor en quien se espera alivio, quietud y descanso.

Sobre lo dicho podemos ir ajustando algunos de los objetivos de este libro, que solo se encamina a señalar que es imposible que haya paz firme en este Reino de Chile. Porque nuestros habitantes siguen los pasos de aquellos primeros conquistadores, imitando sus malas acciones y aun aventajándose en ellas, con insaciable codicia y con extraordinarios modos de ejecutarlo, atropellando la justicia, desquiciando la razón y destruyendo las virtudes. ¡Desdichado el reino donde no se conoce la voluntad constante y perpetua de dar a cada uno su derecho o lo que es suyo o le pertenece!

Pero hoy está la codicia tan apoderada de quienes gobiernan que todo lo quieren para sí y poco o nada atienden a la ejecución justa de las leyes, que es adonde deben llevar puesta la mira todos los superiores cristianos. Porque, como dijo el Profeta, donde hay justicia se hallará la paz, que la justicia y la paz están tan unidas que adonde está la una, la otra no puede faltar. Gran falta habrá habido en este Reino de Chile en el conocimiento de la justicia y gran tibieza en buscarla, pues no se ha podido conseguir la paz firme que se solicita y desea con los bárbaros.

Discursos varios hace en el reposo un afligido y mal alivio halla en el sosiego el desdichado. Recogido estaba para dar algún descanso al cuerpo en ese rincón de la ruca, después de haber gozado en el alma con aquel cariñoso recibimiento, cuando sobresaltado quebranté un sueño que me afligió el corazón y perturbó el ánimo. Fue que veía venir hacia mí a aquellos caciques y guerreros que

habían hecho el trato de mi venta, armados con diversas armas y que acometiendo por una parte y por otra solicitaban rabiosos hallar al hijo de Álvaro. Y que en breves lances dieron conmigo y entre dos me sacaban arrastrando a la campaña y que al ruido de voces y gritos que yo daba salió a defenderme mi amo Maulicán y a quitarme de las garras de aquellos fariseos. Y estando en esta contienda lo habían muerto sobre mí, cayendo, revolcándose en su sangre y a mis pies. Con esto recordé despavorido y bañado en sudor la congoja y aflicción que me oprimía y di infinitas gracias a nuestros Dios y Señor de que se tratase solo de un mal sueño.

El día ya había corrido sus cortinas cuando me levanté ya libre y sosegado de la pesadilla. Di las gracias a nuestro Señor al ver el semblante que nos mostraba el día, con rayos de sol que se descubrían entre las nubes. Mi compañero cautivo, el soldado Torres, a quien habían hecho bailar, al verme salir por la puerta fue anheloso en mi demanda y encontrándome afuera me abrazó y dio los buenos días muy alegre. Pregunté por mi amo y respondió que estaba durmiendo por haberse llevado toda la noche cantando y bailando. Salió entonces mi amigo el indio como si no hubiese bebido ni se hubiera desvelado, tan entero que me admiré de verle. Me saludó con mucho afecto y me invitó a bañarnos al estero, que es costumbre que tienen ellos todas las mañanas. Allí nos lavamos las manos y los rostros mientras otros nos persuadían de arrojar-nos al agua, cosa que no hicimos.

Volvimos luego a la ruca donde Colpuche que, como dueño y señor, nos mandó dar de almorzar con todo gusto cerca del fogón y gozando de sus apacibles llamas. Junto a una deleitosa conversación tuvimos a la vista los asadores de carne gorda y otros de corderos y pollos que nos cortaban según lo que fuera el apetito de cada uno. Luego sacaron un cántaro de chicha clara y me la pusieron delante para que fuese bebiendo y brindando a la usanza de ellos. Allí estuvimos gozando de la comida hasta que los apacibles rayos del sol, por ser ya más de mediodía, me invitaron a salir de la ruca. Junto a mí salieron también el hijo de Colpuche con otros tres o cuatro de sus amigos.

—Este es pichi Álvaro, este es el Álvaro chiquito —se decían los unos a los otros, todos como admirados tras de mí.

Todos estos muchachos tenían deseos de comunicarse conmigo porque como mis años entonces eran más o menos los mismos que ellos debían tener, se inclinaban a mirarme con curiosidad y afecto. Es sabido que con facilidad se avienen los que son de un porte y de una misma edad. El primero que me habló fue el hijo de Colpuche, quien debía cuidarme aquella noche.

—Capitán, yo no pude volver a acompañarte por haber estado bailando y cantando toda la noche —me dijo a modo de excusa.

Le respondí con mucho agrado y cariño que había deseado mucho tenerle cerca y a mi lado para contarle aquel pavoroso sueño, y que desde entonces no había podido volver a cerrar los ojos. Se allegaron entonces los demás

chicuelos, entre ellos dos muchachos y chinitas de jovial semblante, con deseos de oír mi sueño y el hijo de mi amigo me pidió que se lo contase.

Les repetí mi sueño, pero después agregué algunas patrañas y ficciones como fue decirles que había visto venir un toro bravo y feroz, echando fuego y centellas por la boca, y encima de él uno como winka, que quiere decir un hombre español, y que el toro embravecido procuraba echarlo abajo con los cuernos, haciendo muchas diligencias por matarlo, dando vueltas por una y otra parte con espantosos bramidos. Y que quien estaba encima suyo, con gran sosiego y humildad, se mantenía firme como una roca. Quedaron admirados los muchachos de haber oído un sueño tan notable.

—¿Quién era, capitán, el winka que estaba encaramado sobre el toro? —me preguntó intrigado Neculantü.

—Amigo, andad vos y preguntádselo al toro que lo traía a cuestras, que yo no le pude reconocer ni saber quién era —le respondí burlándome. Todos los muchachos celebraron muy alegres mi respuesta.

Estábamos allí, ociosos y entretenidos, cuando llegó mi compañero el soldado a llamarme de parte de Maulicán, que había despertado de su profundo sueño. Entré a la ruca y nuestro anfitrión me llamó al instante a su lado y junto a Maulicán que estaba con otros seis o siete caciques, a la redonda del fuego comiendo y bebiendo. Al instante, me dieron un cántaro de chicha de frutilla que mi amigo lo había guardado para mí. Comimos y bebimos todos espléndidamente y con gran abundancia porque mi amigo salió muy bien del empeño de habernos convidado y llevado a su casa de camino. Todo allí era abundante, tal como lo enseña Jerónimo Oleastro, quien advierte que los convites no han de ser escasos ni defectuosos, que mejor es no hacerlos que faltar a lo ostentoso y espléndido que requieren.

Después de haber dado fin a nuestros cántaros de chicha pedí licencia para largarme un rato por aquellas campiñas y valles, que a la vista se mostraban alegres y apacibles con los rayos del sol que los hermozeaban. Habiéndomela concedido mi amo de buena gana, me dijo que fuese con los hijos de nuestro huésped, quien les ordenó me acompañasen y a mi compañero soldado que me asistiese. Salimos gustosos y deseosos de divertirnos.

Se agregaron a nosotros algunos muchachos de humor alegre que estaban ejercitándose en el juego de la pelota a su usanza, que es de un gran deleite a la vista por la destreza que demuestran. Es una contienda que tienen unos con otros con dos pelotas y ellos desnudos en cueros, solo cubierta su parte delantera, tirándose las pelotas al cuerpo y enseñándose a librar de ellas porque a los que tocan con ellas tantas veces como tienen acordado, que son rayas, pierden lo que se juega. Y algunos son tan diestros en huir el cuerpo al golpe que les tiran que rara vez se topan con la pelota, aun estando los otros tan cerca que no distan cuatro pasos.

Otros más pequeñuelos andaban adiestrándose en el uso de las armas, que los unos y los otros no tienen otro ejercicio desde que nacen, siendo diestros en el arco y la flecha, armas que son memorables desde los siglos pasados pues era la más común entre los gentiles y entre los del pueblo de Dios. Estos, nuestros naturales, también las usaban antes que los españoles descubriesen y poblasen estas tierras, y hoy lo continúan haciendo con más ansias aún porque son verdaderos soldados. Antes que prosigamos con nuestro paseo me dará licencia el discreto lector para un breve paréntesis.

Tan apoderada está la codicia de nuestros corazones que no acertamos a dar paso a aquello que se reconoce ser de nuestra propia utilidad y conveniencia. Y aunque estos bárbaros nos aleccionan y enseñan con sus acciones, hay muy pocos o ningún español que quiera seguir sus pasos en la guerra, ejercitándose desde niño en las armas como acostumbra estos naturales. Por esta causa los ejércitos de Su Majestad están debilitados y sin fuerzas, porque no hay persona alguna que se precie ya de ser soldado ni de servir al rey, nuestro señor, bajo sus banderas. Todo se trata de la labranza, de la multiplicación del ganado y de ser mercaderes y tratantes. Y de alguna manera le aciertan porque con dinero adquieren los grados militares y obtienen plazas sin riesgos ni peligros para sus vidas, siendo preferidos en las cortes en desmedro de aquellos que han continuado la guerra muchos años y gastado sus caudales y haciendas, y aun perdiéndolas en el servicio de su rey y señor. Esta es la causa, entre las principales que hay, para que la guerra sea perpetua e inacabable.

Ahora proseguiremos con los entretenimientos del día en que quedamos. Mis compañeros me fueron llevando al estero abajo por unas vegas apacibles y chacras antiguas de legumbres, de las que los chicuelos sacaban algunas papas. Poco más adelante se descubrían dos vistósísimas y hermosas copas de unos árboles frondosos, tan verdes y poblados de tupidas ramas y de verdes y anchas hojas, que me obligaron a pedir con súplica a nuestros guías que nos acercásemos a ellos pues la distancia de adonde nos hallábamos era corta. A esta petición me respondieron placenteros que me alegraría mucho de ver aquel sitio vistoso y agradable, donde en verano se iban todos los sus vecinos a dormir después de haberse refrescado en el copioso estero que esparcido bañaba aquellas vegas.

Llegamos a aquel deleitable lugar y reparando con curiosidad en su nacimiento hallé que de dos árboles grandísimos se formaban aquellos chapiteles [parte superior de una torre] que servían de techo al sitio. Fue grande mi alegría con la vista de aquel aposento agradable y digno de admiración. Me senté un rato a contemplar atento las obras tan perfectas y acabadas del artífice supremo, Señor de todo lo creado, y a darle infinitas gracias de que entre aquellos bárbaros infieles me comunicase tantos favores y mercedes, hallando entre nuestros enemigos agasajo, amor y cortesía.

Divertido y absorto en mis tristes pensamientos me hallaron los muchachos en compañía del soldado, que se quedó a asistirme en el entretanto que fueron a bañarse y a sacar algunas papas y legumbres, con las que regresaron bien cargados y deseosos de volver al rancho. Nos dijeron que ya era tiempo de retornar porque llevaban buenas ganas de beberse cada uno un cántaro de chicha.

Regresamos entonces, haciendo grandes memorias de aquel tan apacible sitio como ameno valle. A la posada llegamos al tiempo que el sol iba ocultando ya sus lucientes rayos y el aire delicado y fresco nos obligaba a buscar abrigo y solicitar el fuego.

Hallé a Maulicán, mi amo, retirado en un rincón de la ruca, con pesado sueño descansando de la pesada noche y todos los demás caciques principales en lo mismo, reposando, y a mi amigo Colpuche, como dueño y señor de aquel festejo, sentado en el fogón con otros compañeros y amigos con tal templanza y sosiego que me admiré de él. En todo el banquete de bienvenida no se privó de su sano juicio, asistiendo a todo lo que era necesario para que en su casa no faltase lo conveniente al convite, un verdadero huésped.

Al entrar por la puerta me llamó cariñoso y placentero.

Sentándome a su lado me preguntó cómo me había ido en el paseo y si me habían llevado al sitio de recreo que tenían para el verano en la campiña. Con alegría le respondí que sí y alabé aquel paraje. Y de verdad que por mucho que quisiera decir de él, no sabría significar la hermosura de los árboles, lo copado de sus cumbres, lo bien trazado del sitio y lo deleitable del arroyo que lo baña.

En ese momento llegaron algunos de los muchachos que se allegaron a mí con buena voluntad y afecto, sacando los hijos de Colpuche un cántaro de buen porte con no tan buena chicha para mí, pero que para ellos juzgo era la mejor y más gustosa por estar fuerte, picante y pasada de punto. Con ella brindé a mi amigo y a los muchachos que nos habían acompañado entusiastas en el agradable paseo.

Luego nos dilatamos en varias conversaciones que tuvimos y después de haber cenado con la misma abundancia de las otras comidas, considerándome cansado, Colpuche me envió con un hijo suyo a que me fuese a descansar y dormir cerca de donde estaba Maulicán. Una de sus mujeres, madre del muchacho que me llevaba, fue a hacer la cama en que dormimos. Pronto todos los demás fueron haciendo lo propio, fatigados ya de tanto beber, comer, cantar y bailar.